

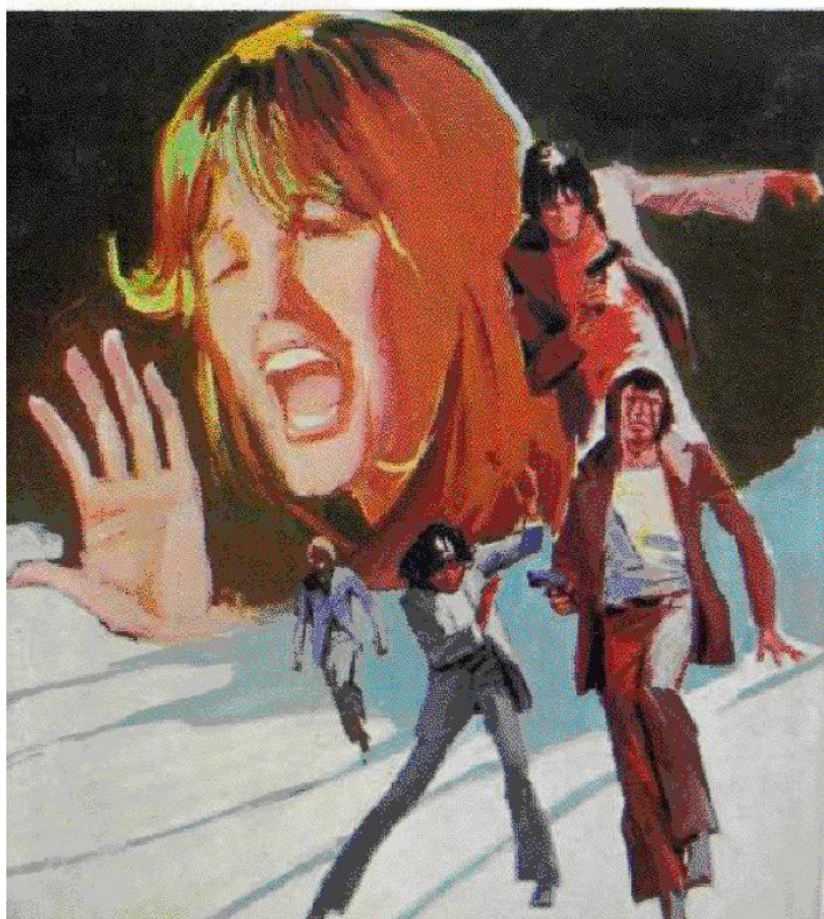
BOJ SILBROS BARQUERA

PUNTO

ROJO

**¡DEJATE MATAR,  
CARIÑO!**

**Curtis Garland**





COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO







CURTIS GARLAND

**¡DEJATE MATAR,  
CARIÑO!**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 800  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 25.256 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección SERVICIO SECRETO:**

1.405 — Alguien llamado «X».

**En Colección PUNTO ROJO:**

774 — Criminal prefabricado.

**Es Colección LA HUELLA:**

134 — Pasaje sin salida.



## CAPÍTULO PRIMERO

—Su licencia, La Salle.

—Gracias, señor. Muy amable —dije, recogiendo la cartulina, que metí en mi billetero.

—No soy amable —me replicó fríamente mi interlocutor—. Me limito a cumplir un trabajo. Se le ha concedido la licencia, y se la doy. Son órdenes. Personalmente, no me cae usted bien. Hubiera preferido quino se la diesen.

—Sincero, ¿eh, amigo? —Reí entre dientes.

—Me gusta decirle la verdad a los que son expulsados de este Cuerpo. Sobre todo, a los que, como usted, han sido expulsados de cierta manera, La Salle.

—Guárdese el comentario —dije, desabrido, encaminándome a la salida de la oficina—. Nadie se lo ha pedido. Me limité a darle las gracias y decirle que era amable. Lamento haberle molestado. Y también haberme equivocado. Cuando en el Cuerpo se establezca un «Premio Limón», usted y el teniente Murdock empatarán para alcanzarlo, seguro.

—Muy gracioso —refunfuñó—. ¡Buenos días, La Salle! Y tenga cuidado. Con la misma facilidad que ha obtenido esa licencia, por generosidad nuestra, la puede perder cualquier día.

Salí sin despedirme siquiera. ¡Al diablo con todos ellos! No tenía nada que agradecerles, después de todo. Su obligación era entregarme esa licencia, les gustara o no, al margen de sus opiniones personales. Imaginaba que no todo habría sido fácil. Los informes del departamento seguramente fueron pésimos. Pero ahora no se trataba de un examen para ingresar de nuevo en la policía, sino de una simple licencia para ganarme la vida con cierta honradez, si es que alguien en el mundo se la puede ganar así. Había solicitado mi permiso legal para ejercer como investigador privado. Eso era todo.

Tardaron mucho en dármelo. Pero ahora ya lo tenía. Todos los problemas los pusieron ellos, estaba seguro. El teniente Murdock jamás me perdonaría. Ni el capitán McKenna. Ni tan siquiera aquel chupatintas que me había entregado la licencia, aprobada por el estado de California, y registrada por la policía. ¡Al diablo con él! ¡Al diablo con todos!

Salí del edificio sintiéndome mucho mejor. Ya no tendría que seguir dando bocados a mis escasos ahorros, ahora todavía más escasos, después de casi nueve meses sin trabajo. Suponía que podría trabajar, tener clientela. Después de todo, no era un novato. Antes de esto, Ricky La Salle había sido policía. Miembro del Departamento de Policía de la ciudad de San Francisco. Sargento de policía, para ser más exacto. Ahora, no era nada. Pude haber vuelto a ser un simple patrullero, eso sí. Uniforme, un recorrido nocturno y todo aquello que uno hace al ingresar.

Pero los envié al diablo. Les tiré mi placa a la cara y dije que se quedaran con su cochino departamento. Renuncié, en suma. A ellos no les gustó. Sobre todo, al teniente Murdock y al capitán McKenna.

Para ellos, lo bonito era que el sargento Ricky La Salle terminase patrullando por el embarcadero o por Chinatown, purgando así sus pretendidas Culpas. La hubieran gozado, los muy bastardos.

No se salieron con la suya. Ahora, yo estaba allí. Independiente de ellos. Perdedor, eso sí, porque yo siempre he sido un perdedor. Pero sin haberlo perdido todo, sin darles la satisfacción de verme arrastrar por el departamento, con mi uniforme, soportando las burlas y chanzas o las miradas de desprecio.

Lo que no podría quitarme nunca era el sambenito que me colgaron; aquél por el que yo no era ya policía. Pero hay cosas que no tienen remedio, y ésa era una de ellas. Para todo el departamento, yo sería siempre el hombre que faltó a su deber, que deshonoró el departamento y se dejó coaccionar por una mujer, para que ella huyese muy lejos de allí con una suculenta suma de dinero robado y un homicidio sobre su conciencia. Además, se sospechaba que no hubo sólo coacción, sino soborno. Lo malo para ellos es que no pudieron probarlo. Mi cuenta corriente era la de siempre, con los ingresos habituales de mis ahorros. No, los malditos no probaron nada de nada. Pero la sospecha estaba allí, en sus rostros, en sus gestos, en su modo de mirarme o de cuchichear.

¡Al diablo con ellos! ¿O ya lo he dicho antes? Bueno, es igual. Es una exclamación muy habitual en mí, ya lo irán viendo. Al diablo con todo el que quiera hacerme daño. El viejo Ricky La Salle puede tragarlo todo, soportarlo y digerirlo todo. Ricky La Salle es un tipo duro, correoso, por si no lo sabían.

Y viejo. Sí, viejo. Un hombre puede sentirse viejo a los veintiocho años, por el simple hecho de haberlos vivido demasiado de prisa. Y no siempre demasiado bien.

Pero todo esto a ustedes no les importa. Ni a mí siquiera. Es el pasado. Y el pasado no se arregla con nada. No se borra ni se altera, por mucho que uno lo intente. Está ahí, guste o no. Pero se quedó atrás. Y eso es lo que yo quiero hacer con mi pasado. Dejarlo atrás. Definitivamente atrás.

Pensar en el presente tan sólo, porque el futuro tampoco existe aún. Vivir hoy, porque a lo mejor uno hace planes para mañana, y mañana ya está muerto. Y el presente, para mí, para ustedes, es éste.

Empieza con una licencia. Y con un nombre en una cristalera de una oficina vulgar y no demasiado cara de alquiler:

## RICKY LA SALLE DETECTIVE PRIVADO

Eso es todo. Es el presente. Es el principio.

Mi primer caso.

Nunca entenderé, por mucho que vuelva la vista atrás, por qué acepté semejante caso. Quizá por eso: porque era mi primer caso. Fue el mayor contrasentido imaginable, y creo que ningún detective privado, en su sano juicio, hubiera aceptado semejante encargo.

Yo no era un novato, puesto que había llevado años en la policía y sabía lo que podía ocurrir si se aceptaban ciertos asuntos cuando uno podía decir, simplemente «no», y enviar al presunto cliente al diablo. Había visto «empapelar» a detectives de muchas campanillas, por meterse en problemas tan espinosos. Y fui yo, y acepté.

Creo que el hombre ni siquiera daba crédito a sus oídos cuando, tras meditar un largo rato, afirmé con la cabeza, me incliné hacia él, apoyándome en la mesa de mi flamante despacho, y le dije

escuetamente:

—De acuerdo, señor Canary. Acepto.

Sylvester Canary me miró como quien ve descender marcianos en la Quinta Avenida. Sacudió la cabeza, tragó saliva y manifestó con voz insegura:

—¿Es..., es posible? ¿Quiere usted ocuparse de mi caso, señor... er... señor La Salle?

—Ya le he dicho que sí —sonreí—. Son cien dólares, para empezar. Los gastos irán en cuenta aparte, por supuesto. Pero puede darme, a cuenta, cosa de otros cincuenta. Le notificaré detalladamente cada uno de esos gastos. Y al terminar el asunto, me abonará otros cien, si ha sido satisfactorio el resultado. Si no, únicamente el resto de los gastos, ¿comprendido?

—Claro, señor La Salle —afirmo, humedeciendo sus Labios nerviosamente. Rebuscó en sus bolsillos y extrajo un rollo de billetes. Contó doscientos, y los puso sobre la mesa con rapidez—. Tome. Es mejor así. Si sobra dinero, ya haremos cuentas. Pero seguro que tendré que darle más.

—¿Por qué supone tal cosa? —Fruncí el ceño—. ¿Tanto trabajo imagina que me va a dar?

—Quizá se lo dé —sonrió animoso—. Pero sé que usted encontrará a Barbra, seguro. Lo supe desde que llegué aquí.

—¡Ojalá tuviera yo esa misma seguridad! —confesé, receloso, tomando el dinero con indiferencia. Sin embargo, me sentía interiormente emocionado. Era mi primer dinero como investigador privado. Un dinero que iba a sudar en sangre. Pero eso, entonces, yo no lo sabía aún—. No es mucho lo que me ha contado de ella, señor Canary.

Sylvester Canary tosió, antes de responder:

—Ya le dije. Es Barbra Canary, mi esposa. Tiene que andar por ahí, por alguna parte, ¡maldita sea! Pero no sé dónde.

—Ya. ¿Dice que ella le envía postales con regularidad?

—Sí. Una por semana. En todas dice lo mismo: «Cariñito, no vas a poderme encontrar. Pero tampoco podrás evitar que te envíe mis saludos. Con amor, *Barbra*».

—¿Escrito por ella, con seguridad?

—Con toda seguridad —afirmó Canary vivamente, moviendo enfático la cabeza arriba y abajo, como si tuviera un resorte

mecánico en el cuello flaco y de abultada nuez—. Es su letra.

—Pudo dejarlas escritas y enviarlas alguien desde cada una de las ciudades que usted vio en el matasellos.

—No lo creo. Ya lo pensé, pero todas llevan el nombre de la ciudad y la fecha, en el encabezamiento. Y es la letra de Barbra también. Coincide, siempre, con el matasellos.

—De todos modos, me gustaría verlas.

—Traigo aquí dos de ellas: las últimas. Rompí algunas. Y conservo otras en casa, señor La Salle —rebuscó en sus bolsillos, tendiéndome dos postales muy diferentes. Una, con la imagen del Gran Cañón del Colorado, estaba fechada doce días atrás en Grand Junction, Colorado. La otra, mostraba una vista del gran lago Salado, con un templo mormón. Estaba matasellada, naturalmente, en Salt Lake City, estado de Utah.

Examiné la letra. Femenina, irregular, nerviosa. La misma del encabezamiento, con el nombre de cada población del matasellos, y una fecha. La última fecha pertenecía a la semana anterior.

—Estoy a la espera de la de esta semana —se quejó Canary amargamente—. Llegará hoy o mañana. No pude soportar más y vine a verle. Leí su anuncio recuadrado, en el News, y decidí venir. Fue como una corazonada, o algo así, señor La Salle.

—Eso me hará repetir el anuncio —comenté, estudiando las dos postales. Luego, miré a mi cliente—. Me gustaría ver todas las que recibió. Ya que eso no será posible, las que conserva. Y le agradecería recordase de dónde procedían las que rompió. O, al menos, parte de ellas. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Seguro. Luego le enviaré todas las postales con una nota con las que recuerde, por medio de un mensajero. ¿Cree que eso le conducirá a alguna parte?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Pero en una investigación no se puede desechar nada. Envíeme, también, una fotografía de su esposa.

—Imposible —dijo rápidamente Canary.

—¿Cómo? —Fruñí el ceño, mirándole—. ¿Por qué imposible?

—Ella odiaba las fotografías. No se dejaba nunca fotografiar.

—Pero tendría pasaporte, documentos de identidad, cosas así...

—Sí, los tenía, claro. Todos con la misma vieja foto. Pero se llevó con ella toda esa documentación. En casa, al menos, no está.

Miré pensativo a mi cliente. Todo aquello resultaba rutinario, en apariencia. Una mujer que desaparece del hogar conyugal, escasas pistas, datos insuficientes, un marido preocupado, incluso miedoso, y un comportamiento misterioso cíe la esposa. Sí, todo muy corriente en el oficio. Lo sabía por otros detectives a los que conocí siendo yo sargento de la policía local.

Pero mi caso distaba mucho de ser rutilante ni vulgar. Había algo que lo diferenciaba radicalmente de todos ellos. Algo en lo que no quería pensar, pero que, inevitablemente, era el centro del misterio.

Algo que debía haberme hecho soltar aquel asunto como si fuese un hierro candente. En vez de hacerlo así, estaba ahora intentando obtener más datos de Sylvester Canary, mi singular cliente.

—Ahora, vayamos al otro punto de la cuestión al más espinoso —dije, sin quitar mis ojos de él. Noté que se ponía aún más nervioso, como si estuviera sentado en una habitación del Departamento de Policía, con un foco sobre su rostro, a punto de sufrir un interrogatorio de tercer grado.

—Sí, claro... —admitió nerviosamente—. Supongo que es inevitable...

—Y tan inevitable —dije secamente—. Usted tiene que comprenderlo, señor Sylvester. Si no estoy en posesión de todos los detalles, vale más que dejemos el asunto, ¿no le parece?

—¡No, no, eso no! —Volvió a tragar saliva. Su nuez de Adán subió y bajó como un ascensor enloquecido—. Pregunte lo que quiera, señor La Salle.

No sólo tenía que preguntar lo que quisiera, sino lo que pudiera. Aquél era asunto para un abogado, y de los buenos. No para mí. Yo no era un mítico detective de esos que Bogart o Dick Powell representaban en las películas. Era solamente Ricky La Salle, expolicía, y flamante investigador privado necesitado de ganarse un dinero modesto en un oscuro, sórdido y rutinario trabajo.

—Cuénteme cómo eran las relaciones coa su mujer —dije—. Desde un principio.

—¡Oh! Me casé con Barbra pensando que la amaba locamente. Y tal vez fuera así. Además, ella siempre tuvo un gran tipo, y era... bueno, era muy apasionada, muy ardiente. Uno se sentía inmediatamente atraído por ella. Y cuando se la conocía en la

intimidad, esa atracción se hacía más fuerte aún. Ella sé cuidaba de eso.

—Pero todo eso se terminó un día, ¿no?

—Sí, desgraciadamente, así fue. Se terminó bruscamente. Empezó a enfriarse conmigo, como si no sintiera nada. Luego, casi noté que me tenía repugnancia, que me despreciaba. Eso me dolió mucho. Primero fue dolor, señor La Salle. Después, fue ira, indignación. Ella no era justa al sentir así. Yo me portaba bien con ella. Mucho trabajo, muchas horas de esfuerzo para poder darle el más mínimo capricho... No me agradecía nada. Ni siquiera deseaba relaciones sexuales conmigo. Era un témpano de hielo.

—¿Ella tenía amantes? ¿Sospechó usted de algo así?

—Sospeché de todo. Pero no descubrí nada. La hice seguir por un investigador que resultó ser un granuja sin escrúpulos, aunque lo cierto es que su trabajo fue negativo. Barbra no se veía con nadie, no tenía amigos, nada en absoluto. Pero ahora trabajaba.

—¿Trabajaba? ¿En qué?

—Por las noches. En un club nocturno, en el guardarropa y venta de cigarrillos. Me negué rotundamente a eso, pero no sirvió de nada. Ella siguió trabajando allí. La vigilé personalmente en varias ocasiones. Parecía un trabajo honesto, pese al lugar y a la hora a que terminaba, casi las cinco de la mañana. No salía acompañada jamás. Empecé a volverme loco con todas esas cosas. Le exigí que se quedara en casa, que volviera a ser como era.

—Y no quiso.

—Eso es. No quiso. Vivíamos ya muy distantes. Dijo que iba a solicitar el divorcio, que ya no podía soportarme más.

—Y entonces...

—Entonces... *la maté* —resopló—. Es decir, creí *haberla matado*...

## CAPÍTULO II

Así era el maldito asunto.

Sylvester Canary había confesado intento de asesinato en la persona de su esposa. Es más, el intento llegó a creerlo consumado. Y yo, idiota de mí, aceptaba el caso.

—La quiso matar... —Me incliné hacia él, acusador—. ¿Se da cuenta, de lo que dice? Un abogado le echaría de su bufete ante semejante confesión, negándose a aceptar el asunto. Y yo estoy aquí escuchándole, dispuesto a ayudarle, Canary. ¿Se da cuenta de lo que pone en mis manos?

—Sí —tragó saliva, una vez más. Los ojos bailotearon en sus órbitas—. Un homicidio.

—Peor. Un asesinato —repliqué—. Usted disparó un arma sobre su mujer. La vio caer, ensangrentada, en el baño. Tocó su corazón, y no latía. Pulsó sus muñecas, y no había rastro de pulsaciones. Puso un espejo ante sus labios, y no se empañó. Para usted, estaba muerta.

—Sí, sí... —Se había puesto muy pálido y se removía incómodo en la silla, como si el interrogatorio llegase a su punto álgido—. Todo eso es cierto. Pero pude equivocarme. Estaba tan asustado, tan nervioso... Además, era el primer cadáver que yo veía, si es que realmente *era* un cadáver. Quizá no miré bien, no percibí bien... y ella vivía, pese a todo.

—Tenía que vivir, puesto que usted salió de casa, paseó por las calles, dudando entre huir o entregarse a la policía, y finalmente decidió regresar a su casa y llamar a la policía definitivamente.

—Eso es. Entonces, cuando entré en casa... ¡la bañera estaba vacía! Barbra no estaba allí ni en ninguna otra parte. Ni viva, ni muerta. No había rastros de sangre en la bañera, totalmente limpia y reluciente. Ni gotas en el suelo, en las alfombras. Nada. Como si nunca hubiera sucedido nada.

—Canary, ¿usted bebe, consume drogas...? —quise saber.

—Sé adónde quiere ir a parar —me miró, patético—. No, no vi alucinaciones. No creí hacer lo que hacía. Sencillamente, lo hice. Ni bebo alcohol, ni consumo estupefacientes. No soy un visionario. Más bien soy lo que parezco: un tipo vulgar, sin imaginación.

—¿Qué pensó hacer al ver que el supuesto cadáver de su esposa había volado?

—Rebusqué toda la casa. Lo registre todo, por si estaba herida y se había escondido.

—¿La hubiese curado, de hallarla en algún sitio?

—No —negó Canary rotundo—. La hubiese rematado.

Le miré. Decididamente, había tomado un cliente poco tranquilizador. De pronto, casi sollozó, ocultando el rostro entre las manos.

—La amaba demasiado para permitir que se fuese, que se divorciara de mí, que se uniese a otro hombre —confesó con amargura—. Por eso quería matarla. Sólo que... algo falló. Y ella no se dejó matar, La Salle.

Empezaba a verme como un amigo, se confiaba a mí. Sentí lástima de él. Pero yo no era su confesor ni su padre. Era solamente un detective que había tenido la delirante idea de aceptar aquel asunto de locos.

—¿Cuándo comenzaron a llegar las postales?

—Justamente a la semana siguiente. A los ocho días de..., de lo sucedido.

—¿Usted no denunció nada, ni siquiera su desaparición?

—No. Tuve miedo de que ella hubiera salido mal herida, hubiese muerto en alguna calle... y me culparán a mí de ello.

—Le hubiesen culpado igualmente, por no denunciar que había desaparecido. Hizo mal. Dígame ahora, ¿recuerda de dónde llegó la primera postal?

—Sí. De Los Ángeles. Me causó un horror terrible.

—¿La conserva?

—¡Dios mío, no! La hice pedazos, escapé de casa como loco... No sé, aquella postal me parecía más una amenaza, una burla siniestra, que un indicio de que seguía con vida.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido de ese modo, Canary? ¿Desde qué tiempo está recibiendo misteriosas postales firmadas por su

mujer?

—Justamente dos meses y medio. Es el tiempo transcurrido desde la noche en que..., en que disparé sobre ella.

—Ya —me quedé pensativo—. Supongo que se deshizo del arma.

—Supone bien —gimió—. La arrojé a la bahía aquella misma noche, cuando salí de casa y creía que ella estaba muerta... Antes la había limpiado de huellas, cuidadosamente.

—¿Usted tenía esa arma en casa?

—Sí —asintió—. Era un recuerdo... de la Segunda Guerra Mundial. Una automática reglamentaria del ejército. Combatí en África y Europa. Túnez, Bizerta; luego Sicilia, ya sabe...

—Ya sé —suspiré—. ¿No existe la posibilidad de que el arma fallase, de que la bala fuese de fogueo o algo así? A veces, también hieren y producen sangre...

—No —negó—. Era una bala normal. Y no fallé. Ella sangraba al yacer en la bañera.

—¿Herida dónde?

—En el pecho. La sangre mojaba su blusa. Era una blusa de satén azul...

—Y ella, en cambio, no sólo se fue de la casa, sino que se ocupó de limpiar la sangre y no dejar huellas de lo sucedido. Extraño, ¿no?

—Sí, mucho —admitió sordamente Canary, afirmando con la cabeza—. Pero he estado tan confundido, tan desorientado en todo este tiempo, que ni siquiera me he parado a pensar en ello. Admito que no parece lógico, pero... así sucedió.

—¿Y durante este tiempo nadie se ha preocupado por su esposa, nadie le ha preguntado por ella?

—No, nadie. Teníamos poco trato con los vecinos. Ninguno, en realidad.

—¿No existían amistades de ella, el lugar donde trabajaba...? Es raro que nadie trate de saber qué fue de Barbra Canary.

—Pues así es. Nadie me ha preguntado, nadie ha llamado.

—Todo esto es muy raro —y supe que no decía nada original ni sorprendente—. Está bien, deme, ahora, las señas personales de su esposa, todo cuanto de ella recuerde, y que sirva para poder identificarla. Luego, vaya a casa y envíeme esas postales y los lugares que recuerde de las que rompió. Será todo, por el momento.

Pero le advierto que, quizá, investigando este caso salga algo feo a la luz, y usted no quede bien parado. ¿No le preocupa que ello suceda?

—No —manifestó roncamente—. No hay nada ya que me preocupe, se lo aseguro. Prefiero la peor certidumbre a estas dudas, temores y misterios sin sentido, La Salle.

Tal vez tenía razón en eso. Me dio las señas personales de Barbra Canary. Las anoté cuidadosamente: cabello rubio artificial, no muy fuerte, pelo ondulado, unos cinco pies y medio de estatura, ojos castaños, nariz recta, boca carnosa, bonita figura, no mucho pecho, caderas acentuadas, nalgas prominentes, bonitas piernas. Tenía un lunar muy peculiar, en forma de corazón, sobre la nalga izquierda, y otro más pequeño y redondo bajo su seno derecho. El día de su *muerte resurrección*, vestía una blusa de raso azul, falda negra, zapatos de igual color, de tacón alto, medias de nylon con portaligas, e incluso podía recordar que lucía un pequeño sombrerito, un casquete azul de terciopelo, con una cinta negra también, lazada [1].

Como descripción, no era mala. Mi cliente, Sylvester Canary, se fue de la oficina tras estrecharme la mano y dejar en ella una sensación de fofa blandura sudorosa. Luego, le oí tomar el ascensor hacia la planta baja. Asomé a la ventana. Un coche negro, un «Chevrolet» cuatro puertas, matrícula de California, se alejó por el asfalto húmedo de Hyde Street.

Anoté su número de matrícula, por si me era necesario en alguna ocasión, y volví, preocupado, a mi asiento.

Un hombre quería encontrar a su mujer. Un hombre que, dos meses y medio antes, había intentado asesinarla, y que incluso estuvo dispuesto a rematarla si la encontraba viva a su regreso. Ahora, ni siquiera sabía si quería pedirle perdón por aquello, estar seguro de que no cometió realmente un crimen esa noche... o su pretensión era intentar de nuevo el asesinato.

Y, sin embargo, yo había aceptado el caso. Hacía falta estar loco para eso. O no tener ningún otro asunto, que era mi circunstancia.

—Ese anuncio del *News*... —comenté, tomando un ejemplar del periódico y enmarcando, pensativo, el citado anuncio en círculos concéntricos de mi lápiz—. Habrá que repetirlo unos cuantos días, aunque desnivele el presupuesto. Parece eficaz...

Vaya si era eficaz. No iba a tardar en comprobarlo.

El timbre del teléfono sonó junto a mí, casi sobresaltándome. Lo tomé, intentando olvidarme de Sylvester Canary y su esposa Barbra. A fin de cuentas, ellos eran solamente un caso a investigar.

—¿Sí? —hablé—. Ricky La Salle, detective privado, al habla. ¿Quién llama?

—Un posible cliente —dijo una ronca voz que me pareció femenina.

—La escucho. ¿Qué desea?

—Encargarle un caso. Es muy importante. Puede reportarle mucho dinero. Leí su nombre y teléfono en el News. ¿Quiere hacerse cargo de ello?

—Aún no sé qué caso es. Ni quién es usted —dije, desconfiado.

—Yo importo poco..., por el momento. Recibirá dentro de una hora a un representante mío, que le entregará una suma a cuenta de sus gastos y honorarios. Sólo tiene que decirme si acepta usted el asunto.

—No puedo decir tal cosa, si ignoro el mismo y no conozco a mi cliente.

—Lo comprendo muy bien. Mi representante legal le informará de todo. De momento, sepa que se trata de... encontrar al culpable de un asesinato.

Otro. El segundo asesinato en sólo unas pocas horas. ¡Vaya clientela la que me surgía! Cualquier detective recibe cien encargos de buscar gente desaparecida o seguir a un cónyuge por sospechas de adulterio, por cada posible homicidio que deba investigar. Y yo llevaba ya dos en poco tiempo. Todo un récord. Me pregunté si semejante récord me llevaría a la fortuna o al infierno.

—Lo siento —dije—. Los asesinatos son cosa de la policía. Los culpables, también. ¿Por qué no llama al Departamento de Policía de San Francisco. División de Homicidios? El teléfono es...

—Sé perfectamente cuál es ese teléfono —me cortó, secamente, la voz de mujer borrosa, acaso disfrazada, al otro extremo del hilo—. La policía no podría ocuparse del asunto, por una razón muy sencilla: porque el asesinato aún no se ha cometido.

Lo que faltaba.

Una mujer aparentemente asesinada se va de la bañera donde yace, tras limpiar la sangre de su herida, y se dedica a hacer

turismo por el país, enviando una postal con idéntico texto a su marido, desde cada lugar que visita.

Y ahora una mujer quería que me ocupase de encontrar al culpable de un asesinato que aún NO se había cometido. Me pregunté si el mundo se estaba volviendo loco, o era yo el demente.

—¿Me está escuchando? —insistió la voz de mujer ante mi mutismo.

—Sí, sí —dije—. Es que estaba tomando aliento. Supongo que eso será una broma...

—Señor La Salle, nadie paga a un detective privado tres mil dólares por una broma —fue su fría réplica.

—¿Tres mil... qué? —Casi grité por el micrófono.

—Dólares. En efectivo. Moneda de curso legal. Mi representante le llevaría mil quinientos dentro de una hora, con los detalles del caso. Recibiría los otros mil quinientos dentro de una semana. Y al final del caso, si es positivo, una gratificación especial. Los gastos, usted mismo los debe fijar, y mi representante le entregará oíros quinientos a título de anticipo. En suma: recibirá hoy dos mil dólares, si acepta el caso.

Esta vez sí que tuve que tomar aliento. Que yo recordase, ningún detective americano de mi época había recibido semejantes honorarios por un caso. Claro que eso me hacía recelar. Y mucho.

—No me gusta —dije—. Demasiado dinero por algo que no ha sucedido. ¿No hay gato encerrado?

—Eso, usted mismo lo resolverá. Mi enviado le dará los detalles y el dinero. Decida. Puede retirarse del caso si más adelante no le interesa, sin necesidad de devolver lo recibido. Ésa es la mejor prueba de nuestra buena fe, señor La Salle.

—Está bien —dije, preguntándome si no me arrepentiría mil veces de lo que iba a hacer—. Acepto, en principio. A condición de que el caso me satisfaga luego, pero sin admitir entonces ni un solo dólar.

—Como quiera. En una hora, llegará mi emisario. Gracias, señor La Salle. Estoy segura de que aceptará. Buenas tardes.

Y colgó.

El emisario fue puntual. Sorprendentemente puntual.

A las cinco y diez minutos había colgado mi comunicante anónima. A las seis y diez minutos, exactamente, llamaban a mi

puerta.

Abrió, El hombre entró resueltamente en la oficina. Me saludó cortésmente:

—Buenas tardes, señor La Salle. Creo que esperaba ya mi visita...

—¿Es el emisario de..., de mi posible cliente? —indagué, estudiando su aspecto con todo detenimiento.

—En efecto —asintió, sonriendo.

Vestía pulcramente, llevaba una gabardina al brazo y sombrero flexible cubriendo un cabello rizado y abundante. Tenía cejas espesas, un delgado bigote negro y una boca delgada y prieta. El color de su tez era aceitunado. Llevaba consigo una cartera de mano de cuero negro.

Le hice pasar a mi despacho. Se acomodó frente a mí, y aceptó un cigarrillo. No habló, hasta despedir unas volutas de humo por la nariz, pausadamente. Luego, me estudiaron sus ojos color café, y empezó a desgranar sus palabras con la misma lentitud que el humo del cigarrillo:

—Señor La Salle, mi nombre es Loomish. Barry Loomish. Traigo esto para usted —y abriendo el portafolios negro extrajo un fajo de billetes de veinte dólares, que puso ante mis ojos tranquilamente, sobre la mesa del despacho.

Miré el fajo de cien billetes, nuevos y bien empaquetados. Una suma tentadora. Pero aún no sabía lo que había tras ella. Y quería saberlo, antes de aceptar de un modo definitivo.

—¿Qué debo hacer para ganarme ese dinero? —inquirí secamente.

Loomish humedeció sus labios, contemplando el cigarrillo como si éste fuese lo más importante del mundo.

Tras un silencio que no parecía molestarle y que a mí me irritaba, disparó sus palabras breves e incisivas:

—La señora creo que se lo dijo. Se trata de un asesinato que aún no se cometió. Pero que se cometerá irremisiblemente. Tiene que encontrar al culpable.

—Temo no entender nada de toda esa historia, señor Loomish. ¿Cómo saben que se va a cometer un asesinato? ¿Cuándo debo hallar al presunto culpable, antes o después de cometido?

—Antes, naturalmente —suspiró—. O después, si no hubiera

otro remedio. Pero es preferible *antes*. Es obvio, ¿no?

—Insisto. ¿Cómo saben que va a ocurrir algo parecido? Aun en ese caso, la policía es el medio más eficaz de prevenirlo...

—La policía no puede intervenir en el asunto. Es imposible. Por eso pensamos en un investigador privado. Y le elegimos a usted. Su anuncio en el *News* nos dio la idea.

—Sigo sin saber de qué se trata, exactamente. ¿Saben quién ha de ser la víctima futura?

—Sí —afirmó el tal Loomish, apaciblemente.

—¿Va a decírmelo?

—¿Por qué no? La víctima será... *su cliente*, señor La Salle. La dama que habló con usted por teléfono.

Le estudié, incrédulo. A cada palabra suya, el asunto se hacía más raro e inverosímil. Ya incluso había logrado olvidar al apurado Canary y a su evaporada esposa sangrante. Esto era más excitante aún. Y más raro. Mucho más raro.

—¿Por qué cree que van a matarla? —indagué.

—No es que lo *crea*. Lo *sabe* —me rectificó con suavidad mi visitante, esbozando una sonrisa.

—¿La ha amenazado alguien?

—No hace falta. Ella sabe que la siguen de cerca. Lo intentaron ya una vez.

—¿Matarla?

—Sí.

—¿Por eso se oculta, por eso no viene personalmente y le envía a usted?

—Es una de sus razones, sí.

—¿Hay *otras* razones?

—Las hay.

Era exasperante. No se negaba a responder a nada, pero es como si tuviera los labios cerrados. Tampoco aclaraba absolutamente nada.

—¿Cuándo intentaron matarla y en qué modo?

—Hace sólo tres días. Descubrieron dónde se ocultaba. Alguien disparó un rifle con mira telescópica desde otro edificio, enfrente. Era un motel. El edificio desde donde se disparó, pertenece a una zona residencial en construcción. Destrozaron los vidrios de la ventana. A mi cliente la salvó el hecho de que en ese momento se

inclinara a conectar el televisor, soltando un libro que leía, justamente, entonces. El televisor también resultó hecho añicos. La bala se clavó en su pantalla, incendiándolo. Pero la dama resultó ilesa. Hubo otros disparos, pero ella pudo ya ocultarse en un punto de la habitación adonde el ángulo visual y de disparo no alcanzaban.

—¿Denunció el hecho?

—No. Tenía razones para no hacerlo. Se ausentó rápidamente del motel, eso fue todo.

—¿Sospecha de alguien, en particular?

—Sospecha de mucha gente —sonrió Loomish, enigmático.

—Sí que es una ayuda —resoplé—. ¿Y ahora? ¿Se oculta en otro lugar, tal vez?

—Eso es. Se oculta en otro lugar. Creo que está salvo. Pero nunca se sabe. La próxima vez quizá no usen un rifle con mira telescópica, sino un explosivo, un veneno o algo así.

—Supongamos que me hago cargo del asunto. ¿Conoceré los nombres de los sospechosos, cuando menos?

—Sí. Tiene que conocerlos.

—¿Y el de mi cliente?

—Supongo que sí —sonrió de nuevo, y extrajo al de su portafolios. Era un documento mecanografiado—. No antes de firmar esto, señor La Salle.

—¿Firmar? —Fruncí el ceño—. No me gustan los contratos escritos.

—Es una formalidad. Por este documento, usted acepta ocuparse del caso por deseo expreso de su cliente, viva éste o esté muerto, para descubrir a quien pretende matarle, o a quien lo haya conseguido, finalmente, comprometiéndose a entregarlo a la justicia, si llega a arrestarle vivo.

—¿Y si le cazo muerto?

—Eso no consta en el contrato —se encogió de hombros—. Supongo que no importa demasiado, cuando mi cliente no lo especifica.

—¿Existe un motivo para desear la muerte de mi posible cliente? —Traté de saber aún.

—Existe —asintió—. Siempre hay un motivo, cuando se quiere matar a alguien.

—Sí, lo supongo —acepté de mala gana. Moví la cabeza—. Cada vez lo entiendo menos. Pero firmaré eso. Me gustan los casos extraños y difíciles. Siempre me ocurrió igual. Que Dios me ayude, si las cosas se ponen feas.

Firmé. El recogió el original, y me entregó una copia.

—Abajo tiene la firma de mi cliente —dijo—. Puede ver ahí su nombre, señor La Salle.

Lo vi. ¡Vaya si lo vi!

Y me quedé sin aliento. Comprendí la clase de enorme tontería en que me había metido hasta el cuello, por si no tuve bastante, una vez, con hundirme en un sucio lío y perder mi placa y mi graduación.

La mujer que firmaba aquel documento, mi cliente desconocida, se llamaba Maggie Dorian.

Y Maggie Dorian era la mujer que había robado una elevada suma de dinero, se la acusaba de homicidio... y de haber coaccionado y sobornado —aparte de seducido— al sargento de la policía de San Francisco, Ricky La Salle.

En suma: la responsable de mi baja del Cuerpo y de mi actual destino.

Y ahora, *ella* era mi cliente.

## CAPÍTULO III

Mi cliente.

Mi cliente. Ella. Maggie. Maggie Dorian.

Maggie Dorian, la homicida. La rubia sombra del trágico asalto a la Shark Corporation, en aquel cálido agosto de 1948...

Aún podía recordar lo sucedido entonces. Aún estaban vivos en mi mente ciertos hechos de la calurosa noche. Hechos que influirían, luego, decisivamente, en mi vida y en mi carrera.

Aunque yo no participé en ellos. Aunque yo estaba muy lejos de allí, la noche en que la verja de la factoría de Shark Corporation se abrió para una visita inesperada, pero sumamente agradable.

Especialmente agradable para el vigilante armado McPatter...

El vigilante McPatter estaba realmente sorprendido. Muy gratamente sorprendido.

Abrió la verja. Incluso se inclinó, ceremonioso.

—Pase, señorita Dorian —sonrió complacido—. Usted ya sabe que siempre tiene acceso libre al recinto. ¡No faltaba más! El propio señor Shark lo especificó así... ¡Oh, está usted muy bonita esta noche, si me permite decírselo, señorita Dorian!

—Claro que se lo permito. Muchas gracias, McPatter. Usted siempre tan complaciente —se inclinó y le besó, dulce, suavemente en la mejilla. El recio irlandés enrojeció casi tanto como sus cabellos—. Saldré en seguida. Sólo debo recoger unos papeles de la oficina. No sé cómo pude olvidarlos...

Pasó adelante. Se alejó hacia el iluminado edificio central de la factoría.

Maggie Dorian era quien llevaba, virtualmente, aquellas oficinas, inmediatas a la caja de la empresa. No tenía mucho de extraño que ella volviera a la factoría aunque fuera de las horas normales. Lo hacía a veces. Sobre todo, en fechas de trabajo

excesivo.

Aquella era una de esas fechas, vísperas ya de las vacaciones del verano. Por eso, a McPatter no le sorprendió mucho su visita nocturna.

Más tarde, le sobrarían motivos al buen vigilante armado para recordarlo. Y para maldecir su ciega confianza de aquella noche.

Pero en aquellos momentos no tenía motivo alguno para sospechar nada. Y no lo sospechó.

El no pudo oír disparo alguno. Más tarde, la prueba pericial confirmaría que no pudo serle posible a McPatter escuchar sonido alarmante alguno que le indicara la tragedia acaecida dentro de la factoría. El único disparo se realizó con silenciador.

Cuando Maggie Dorian reapareció en la verja, llevaba un maletín que parecía bastante pesado. Era un maletín de piel oscura, cerrado con llave. Sonrió deliciosamente, cuando le confesó a McPatter con un suspiro:

—Eran más papeles de los que imaginé. Pero tenía que recogerlos todos, para poder trabajar durante el fin de semana en ordenarlos un poco y dejarlos al día, o a la semana siguiente no podría iniciar mis vacaciones, como todo el mundo. Es terrible dejar trabajo atrasado, McPatter.

—No debería trabajar tanto, señorita Dorian —amablemente se prestó el pelirrojo irlandés a llevarle el maletín hasta el exterior, y ella se lo agradeció con la más dulce de las sonrisas. McPatter no pudo advertir, según confesó luego a la policía, que los ojos de ella mirasen con mayor o menor ansiedad a la valija, cuando él la tomaba en sus propias manos, para ayudarla a llegar al automóvil aparcado frente a la verja de la factoría.

—Sí que pesa —tuvo que confesar el vigilante nocturno, depositando el maletín sobre el asiento posterior del vehículo, antes de abrir gentilmente la puerta a la rubia Maggie—. Le deseo un trabajo agradable, si ello es posible, señorita Dorian.

—Es usted un verdadero ángel, McPatter —suspiró ella, volviendo a besarle en la mejilla—. No sabe bien lo amable que es conmigo... y lo mucho que yo se lo agradezco.

El irlandés sonrió bobaliconamente, y hasta se ruborizó, mientras ella subía al coche y se ponía al volante. Luego, recordando todo eso, el buen irlandés maldeciría la burla que

Maggie Dorian puso, evidentemente, en sus dulces palabras.

Se alejó el automóvil. Lo último que vio, fue el brazo de Maggie, agitado en cordial despedida, junto al rubio centelleante de su bonita cabellera.

McPatter volvió a su cabina de vigilancia, pensando en lo feliz que tendría que ser el hombre que pudiera llegar a tener el amor de una mujer como aquélla. Pero esos sueños no eran para él y, con un encogimiento de hombros, volvió a enfrascarse en la contemplación de mujeres de papel, en las páginas de *Beauty Parade*. Eran las únicas que compartían con él las largas noches de trabajo en aquel puesto. Mujeres como Maggie Dorian no se habían hecho para él, desgraciadamente.

Eso es lo que McPatter pensaba entonces. Claro que aún no se había descubierto el cadáver del contable y pagador de la empresa, Neil Haydock, allá en la caja de la factoría, con un feo agujero de bala en medio del corazón.

Cuando se descubrió era ya de día, y Maggie Dorian no había vuelto al trabajo. Ni volvería ya nunca más.

Además de encontrar el cadáver, fue descubierta la caja fuerte abierta... y vacía. Totalmente vacía. Con los sobres de las nóminas dispuestos para recibir el dinero en su interior. Pero sin dinero ninguno en ellos.

Faltaban, exactamente, doscientos setenta mil dólares y un pico insignificante. Más de un cuarto de millón. Era mucho dinero. Todo el dinero para pagos, nóminas y necesidades económicas de la empresa, antes de iniciar las vacaciones.

Por supuesto, el vigilante McPatter fue sacado de la cama y conducido a la factoría para que declarase. De allí, pasó al Departamento de Homicidios, donde el teniente Murdock, el capitán McKenna y el sargento Ricky La Salle, interrogaron a fondo al infortunado irlandés, por si tenía parte en el robo y homicidio cometidos durante su vigilancia. Apurado, trémulo, el hombre refirió cuánto sabía.

Y se llegó a la lógica conclusión de que la rubia, dulce y encantadora señorita Dorian, era la que robó el dinero y mató al contable y pagador, Neil Haydock.

Inmediatamente, comenzaron a salir cosas a la luz. Cosas como las relaciones íntimas entre Maggie Dorian y Miles Harmony,

gerente de la empresa Shark. Cosas como la excesiva confianza que el propio Melvyn Shark, a espaldas de su autoritaria esposa, la señora Velda Shark, auténtica dueña del dinero de la familia Shark, dispensaba a su empleada Maggie Dorian.

Se dio orden de capturar a Maggie Dorian, estuviera donde estuviese. El sargento Ricky La Salle fue encargado del caso, directamente por el teniente Murdock, siguiendo directrices de su superior y jefe del Departamento, capitán McKenna.

Ricky La Salle era un buen policía. No es porque yo mismo esté recordando estos sucesos en tercera persona, pero era un buen policía. No lo digo yo solo, lo decían los demás.

En fin, volviendo a los recuerdos de aquel verano, puedo seguir ya en primera persona, puesto que ahora *sí* estaba metido yo en el asunto hasta el cuello. Y no sospechaba, ni de lejos, que iba a estarlo mucho más, no tardando demasiado.

Lo cierto es que yo, el sargento Ricky La Salle, del Departamento de Homicidios de San Francisco, encontré a la mujer. Detuve a Maggie Dorian.

Fue todo tan sencillo, que me admiró la facilidad con que di por terminado el caso. En un motel de Sausalito, localicé a la bella rubia y la arresté. Esposada, y con su maletín lleno de billetes del Tesoro, inicié el regreso a San Francisco, tras telefonar a mi departamento e informar de mi éxito profesional.

¡Maldita sea, nunca debí precipitarme! Hubiera sido mejor esperar a ver si llegaba con mi presa al departamento. Mucho mejor.

Pero no lo hice, y ya no sirve de nada volverse atrás. Las cosas no se arreglan, una vez estropeadas.

Y vaya si las estropeé. Yo, el brillante y magnífico sargento Ricky La Salle, genio de los detectives de San Francisco... ¡Al diablo conmigo!

No sé aún cómo sucedió, pero lo cierto es que, de repente, me encontré despertando de un profundo sueño, en otro motel del camino, no lejos del Golden Gate, antes de alcanzar el área urbana de San Francisco. Allí me encontró el capitán McKenna, que me contemplaba sarcásticamente cuando abrí los ojos.

Tuvo que tirarme encima un jarro de agua, para que me espabilara un poco. Entonces me preguntó por la detenida, por el

dinero...

Fue el segundo jarro de agua. Y éste, de agua muy helada. Me dejó petrificado, mirando con estupor a todos: al capitán McKenna, al teniente Murdock, que llegó inmediatamente, notificando que, según sus últimas noticias, Maggie Dorian había cruzado la frontera con México, llevándose consigo el maletín del dinero. Y que yo había llegado con ella a aquel motel, ambos, lo bastante borrachos y contentos como para entrar en la habitación cantando y besuqueándonos. Eso lo dijo el dueño del motel, y no vi motivos para que mintiera.

Lo único que yo podía recordar es que, conduciendo el coche, con mi prisionera, camino de San Francisco, me había entrado un repentino, extraño sopor. Pero no tragarón nada de eso. No se creyeron que me había dormido sobre el volante, por alguna rara circunstancia, y que la dosis abundante de *whisky* que el análisis reveló en mi organismo, no la había ingerido voluntariamente, ni sabía nada del motel, de mi rubia compañera de alcoba, y menos aún de aquel dinero maldito.

No se tragarón nada de nada. Fui acusado de soborno, de coacción por medio del sexo, y un sinnúmero de cosas más. Todo eso determinó mi expulsión del Cuerpo, al negarme a volver a patrullar por las calles como policía raso.

Y así había terminado para mí el caso Dorias.

Ahora volvía a empezar.

¡Y de qué manera...!

Preferí no pensar en el pasado. Olvidar aquel maldito verano de 1948, y todo lo que él representó en mi vida. Ahora, en la fría primavera de 1949, apenas iniciada, yo tenía que olvidar. Tenía que pensar en otras cosas. En el presente, por ejemplo.

Ahora estaba al servicio de Maggie Dorian. Yo, precisamente yo, al servicio de ella. Había firmado mi compromiso. Tenía que ayudarla. No a salvarse de la ley, no a permanecer impune, sino a defenderse de un asesino. A saber quién quería matarla, y tratar de impedirlo.

Ésa era mi tarea. Mi absurda, mi loca tarea.

Creo que jamás pude llegar a ser tan insensato. Pero el error estaba cometido y, si quería ser un buen profesional, debía aceptar

lo hecho y tratar de cumplir mi misión lo mejor posible. Olvidándome, incluso, de quién era ella, mi cliente. Mi segundo cliente como detective privado, para ser más exacto.

Si el caso de Sylvester Canary era disparatado, éste lo resultaba todavía más.

¿Quién diablos podía atentar contra Maggie, y por qué motivo? ¿Dónde estaba ella, en realidad, a quien todos creían en México, a salvo y con el dinero robado a la empresa Shark?

Todo empezaba a hacerse más y más confuso por momentos. Era como si, de repente, el mundo entero se hubiera vuelto loco. Y yo con él, ¡qué diablo!

Me detuve. Dejé de pensar y darle vueltas al asunto.

Había llegado al sitio que quería. El parpadeo fluorescente del tubo neón molestaba las pupilas, más que atraer clientela. Pero a pesar de ello aquel tiburón azul debía de tener su gancho, porque el local era uno de los más concurridos del Latin Quarter de San Francisco.

El Tiburón Azul. No sabía si, realmente, querían representar allí al temible escualo, o era una alusión a la propia empresa, ya que el mismo Melvyn Shark, que dirigía las Empresas Shark, era el dueño anónimo de aquel negocio [2].

Así había llegado Maggie a entrar en la factoría como empleada. Sus inicios fueron también con un negocio de la cadena Shark, pero no precisamente en sus oficinas, sino en el club nocturno que, según se decía, fue el primer negocio que Melvyn Shark tuvo en su vida, y que conservaba ahora por puro sentimentalismo.

Entré en The Blue Shark. No era la primera vez que lo hacía. Algún tiempo atrás, había sido asiduo del local. Por entonces, yo era solamente un aspirante a policía. Luego, me hice patrullero. Y seguí frecuentando el negocio los días libres.

Ahora, todo era diferente. Volvía allí en busca de información. Información sobre Maggie Dorian, mi cliente. Sobre personas que la concibieron y que, de un modo u otro, mantuvieron esas relaciones con ella posteriormente. Ni Maggie ni su emisario, el untuoso Barry Loomish, habían sido demasiado elocuentes en lo relativo a sus posibles sospechas sobre el autor del atentado, ni sobre los motivos de éste. Su única explicación fue que ella había sido víctima del oculto tirador de rifle, en un motel cuyo nombre y ubicación no me

dio por el momento. Los motivos para matarla estaban claros para ella: el dinero robado. Doscientos setenta mil dólares justifican muchas cosas.

Alguien sabía que ella no estaba en México, y la había buscado hasta dar con su rastro. Tenía que ser alguien que la conocía bien. El motivo podía ser intentar apoderarse del dinero... o vengarse por su robo.

Esta última posibilidad dejaba abierto un resquicio a una sospecha implícita: el propio Melvyn Shark, el hombre expoliado. También podía haber algún, familiar del contable Neil Haydock, que quisiera vengar a su pariente asesinado. En cuanto a las personas que pudieran conocer el actual paradero de Maggie, la lista era muy escasa. Había prometido enviármela, pero por el momento yo hice mi propia selección: la mejor amiga de Maggie, tiempo atrás, se hallaba actuando en El Tiburón Azul, en un número de *strep-tease*. Era una mulata sugestiva y sensual, llamada Vonetta. En cuanto al gerente del local, Al Atwater, que llevaba allí desde que el local se abrió, se rumoreaba que mantuvo con Maggie alguna relación íntima, y a través de él llegó a conocer al propio Melvyn Shark. Claro que todo eso, podían ser habladurías. Yo estaba allí para desbrozar, la paja y sacar algo en limpio de ella.

Mi primer objetivo, naturalmente, era Vonetta. Luego, el propio Atwater.

Había que empezar por algún sitio, y éste era tan bueno como cualquier otro.

## CAPÍTULO IV

Las luces rojas, azules y verdes desfilaban con rapidez, haciendo tornasol en la piel morena de la mujer.

Tenía los muslos más poderosos y bien formados que yo recordaba. Sus nalgas tenían la agresividad propia de las de su raza, y los pechos, erectos y bien firmes, vibraban desnudos, en medio de un frenético ritmo de música, luz, voz ronca y movimiento. Cantaba regularmente, pero ¿quién se fijaba en eso cuando Vonetta Horne se despojaba de sus ropas y movía su cuerpo como ella sabía hacerlo?

Hubiera apostado ciento contra uno a que todos los clientes presentes en El Tiburón Azul, de ser preguntados se hubiesen sorprendido, incluso, de que Vonetta estuviese cantando canción alguna. Ellos no tenían sentidos más que para los movimientos de aquel cuerno color bronce oscuro, agitado por la sensualidad exaltada de la danza, de los movimientos lascivos que encandilaban a los espectadores.

Cuando terminó el número, una gran salva de aplausos acogió el arte de Vonetta. La mulata, con la piel brillante por el sudor, saludó repetidas veces. Una amplia sonrisa abría sus carnosos labios. Se cubría, ahora, sus formas, con una prenda de colores, oprimida contra sus senos. Al retirarse, aún sonaban aplausos en la sala.

Comenzó la músicaailable. Yo me aparté de la barra, dejando mi vaso vacío. Rodeando la pista, llegué a los cortinajes azules del fondo, que entreabrí. Conocía bien el camino de los camerinos. No era la primera vez que iba a ellos.

El de Vonetta era ahora el de una estrella. Golpeé con los nudillos. La voz sonó tras la madera:

—¿Quién es?

—Un viejo amigo, Vonetta —dije—. Sólo estaré un momento.

Oí pasos. Se entreabrió la puerta. Los ojos de la mujer de color me miraron críticamente. Luego, un gesto de asombro se extendió

por su rostro, aún húmedo de sudor.

—¡Ricky! —exclamó—. ¡Ricky La Salle!

—En carne y hueso, preciosa —sonreí—. ¿Aún me recuerdas?

—¡Claro, maldito bastardo! —Me piropeó a su modo—. Entra. Hace años que no te veía por aquí. ¿Qué tripa se te ha roto para volver?

Pasé. Su camerino olía a perfume limpio y a carne de mujer morena. Ella se había quedado semidesnuda otra vez, con total inhibición por mi presencia. Secaba su piel con una esponjosa toalla.

—He vuelto, eso es todo —dije, encogiéndome de hombros. Examiné su cuerpo con descaro—. Sigues igual de hermosa. Más mujer aún. Me has gustado mucho actuando. Te felicito.

—Entonces, no era actuando como te gustaba —me recordó ella irónicamente, envolviendo su busto con la toalla, y aproximándose a mí—. ¿Ya lo olvidaste, Ricky?

—Hay cosas que no se olvidan fácilmente.

—Pues tú parece tener esa facilidad, bribón. Te despediste una noche... y no volviste nunca más. Iban a ascenderte, y pensabas celebrarlo conmigo...

—Me ascendieron. A sargento. Pero se metió por medio otra chica, en la fiesta de la policía y...

—Eres un sinvergüenza, Ricky, pero adorable. Eres sincero, al menos, y quizá por eso, en vez de odiarte, siento algo por ti. De modo que te liaste con otra... y ahora vuelves. ¿Por qué? ¿A celebrar tu ascenso a capitán, tal vez?

—No te burles. Aquello se fue al agua. Tienes que haberlo leído en alguna parte. Ya no soy sargento. Ni siquiera soy policía.

—Sí, lo sé —me contempló, pensativa. El olor de su piel oscura era más fuerte ahora, cerca de mí. Incitantemente fuerte—. ¿A qué has venido, entonces? Por mí, no será.

—Verás, Vonetta; en parte, sí. Quiero hablar contigo. De los viejos tiempos... y de otros más recientes, ahora soy detective privado. Tengo más tiempo libre. Y menos obligaciones morales, ¿comprendes?

—Comprendo. Pero no vienes por mí —dijo ella fríamente, sentándose ante el espejo de su tocador—. ¿Qué andas husmeando, exactamente?

—Eres muy lista. Siempre lo fuiste, Vonetta —suspiré—. Está bien, descubriré mis cartas. Fingir, no va conmigo. Vonetta, busco algo acerca de Maggie Dorian.

—Lo suponía —la frialdad seguía presente en su tono pe voz—. ¿Venganza, ahora?

—No, no. No es lo que supones. Hay otro aspecto de Maggie que me interesa. No es nada personal. Sólo profesional. Busco a alguien que aún se relacione con ella de alguna forma. Tú, por ejemplo.

—¿Yo? —Vonetta me miro a través del espejo con sorpresa—. Ni siquiera volví a verla jamás, después de salir ella de aquí y meterse en las factorías de Shark.

—¿Seguro?

—¿Crees que te mentiría? —Se encogió de hombros—. Maggie era ya otra mujer, compréndelo. No actuaba como corista en un club nocturno. Al fin, alguien había acordado que era taquimecanógrafa y todo eso. No se puede negar que sacó buen partido a su profesión.

—Es posible que ella haya vuelto y ande cerca de aquí. Tú, o alguna de sus antiguas amistades en este local, podría saber de eso... Ella quizá recurrió a una antigua relación, en un momento de apuro.

—Nadie sufre apuros, con más de un cuarto de millón de dólares en el bolsillo —suspiró Vonetta amargamente—. No sé, Ricky. No puedo ayudarte. Lo único que oí hablar de Maggie fue lo del robo... y lo de tu escándalo con ella.

—¿Qué me dices de Atwater, el gerente? El fue buen amigo de Maggie...

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Sí, es lo que pienso hacer —miré a la muchacha de color, preguntándome si me habría dicho toda la verdad, o si estaría ocultándome algo—. Quizá tenga más suerte con Atwater, si es que él quiere hablar del asunto...

—No sólo no quiero hablar, sino que le voy a pedir que se marche inmediatamente del local.

La voz había sonado inesperadamente a mi espalda. Me volví. Vonetta miró hacia la puerta del camerino, con ojos agrandados por la sorpresa y, tal vez, la inquietud.

Allí estaba Al Atwater. Alto, delgado, canoso, con aire mundano

y ojos fríos como el hielo. Vestía un impecable *smoking* de pantalón negro y chaqueta azul, en su condición de gerente del club. Había llegado sin dejarse oír. Evidentemente, tenía práctica en moverse sigilosamente.

—Vaya, Atwater, no se puede decir que se muestre muy amable... —comenté.

—¡Fuera! —me cortó en seco, señalando al exterior—. La empresa prohíbe visitas en los camerinos. También prohíbe el acceso a los mismos a las personas ajenas al local. Y, del mismo modo, prohíbe que la gente venga aquí a fisgonear y meter las narices donde no debe. ¿Está claro?

—Como la luz del día, Atwater —sonreí—. Pero aquí yo soy un cliente que toma un trago. No provocho escándalos. No puede echarme.

—Si quiero, le echaré. Está reservado el derecho de admisión, y usted no me gusta nada.

—¿Por qué se pone así? ¿Es que tiene algo que ocultar respecto a Maggie Dorian?

—Al parecer es usted quien tiene muchas cosas en común con ese caso. La Salle —me replicó glacialmente—. No me provoque más y lárguese. Lo antes posible.

—Muy bien. Salgo del camerino porque está prohibido permanecer en él. Salgo de la zona de camerinos, por igual razón. Pero nadie va a impedirme que tome otra copa antes de largarme de aquí, Atwater.

—Tómela y márchese en seguida. Tengo muy poca paciencia.

—Y yo —dije secamente pasando junto a él, camino de la sala, al tiempo que dirigía unas últimas palabras a Vonetta—: Te veré otro día, preciosa. Que sigas triunfando. Pero no te limites a este chamizo. Tienes clase para sitios mejores.

Llegué a la sala notando tras de mí la incómoda y hostil presencia de Atwater. Me apoyé en la barra y pedí otro *whisky*. Atwater, frío e impassible, se situó al otro extremo del mostrador, tras murmurar algo al oído de un camarero con aire de matón profesional. El tipo se lignito a asentir y mirarme con ojos nada amistosos.

Sorprendido, giré la cabeza hacia la pista de actuaciones. Una voz cálida, bien timbrada, dulce y profunda, me había llamado la

atención.

Cantaba No puede ser error con una peculiar personalidad, distinta a la de otras crooners de moda. Me quedé embelesado escuchándola.

Además de eso, era muy atractiva. Pelirroja, esbelta, de bonitos ojos pardos y recta nariz. Un traje ceñido, de adornos plateados sobre el negro, realzaba su encantadora figura.

Tomé a lentos sorbos mi *whisky*, mientras ella terminaba su canción. Aplaudí con calor al término de la melodía. También los demás aplaudían, pero a ellos les gustaba más el sexo que el buen gusto en una canción. La muchacha salió de la pista, pasando entre las mesas, hacia las cortinas de salida.

Yo me moví hacia ella, rápido, cruzándome en su camino. Ella se paró, mirándome.

—Enhorabuena, señorita —dije—. Canta maravillosamente bien.

—Gracias —parecía disgustada por la interrupción. Me contempló con gesto algo irritado—. ¿Me permite que siga, señor? Tengo que cambiarme para otro número...

—¡Claro! ¿Lleva mucho tiempo aquí? Con esa voz podría ir a cualquier sitio...

—Estoy empezando, prácticamente —sonrió algo forzada—. Verá mi nombre en la cartelera. Debuté hace sólo una semana. Ahora, señor, si me permite...

Antes de que me apartara, me apartaron. Sentí unas zarpas en mis hombros, arrancándome materialmente del camino de la pelirroja cantante. Ella, presurosa, se evadió entre las cortinas.

Yo disparé mis codos contra algo, y sentí un doble impacto, un gruñido ronco a mi espalda, y alguien se apresuró a soltarme. Me volví. El matón de Atwater se encogía, con gesto de dolor, tocándose el hígado y el estómago. El gerente venía rápido hacia nosotros, escoltado por otros dos camareros de fornido aspecto.

—Ya me voy, amigo —dije a Atwater, levantando los brazos con irónico aire de paz—. Y otra vez, pida las cosas por favor. No utilice contra mí a sus gorilas. Eso me molesta mucho. Buenas noches, Atwater. Y suban el sueldo a esa chica pelirroja. Se lo merece. Canta demasiado bien para estar en este tugurio.

Salí airoosamente del Tiburón Azul. Atwater y su jauría quedaron dentro, expectantes. Creo que les tranquilizó mi marcha. No querían

problemas en el local. Eso siempre crea mala fama.

Me detuve ante la cartelera del club. Bajo el nombre de Vonetta Home *la Venus de Ébano*, como la citaban allí con escasa imaginación, aparecía el de una pareja de bailarines desconocidos. Y, en último lugar, lo que yo buscaba:

KATHRYN WOODS,  
LA VOZ DE TERCIOPELO.  
A MEJOR *LADY CROONER* DEL PACIFICO

Seguían teniendo muy poca imaginación y pésimo gusto para anunciar las atracciones. Pero la fotografía era de la bonita pelirroja de la voz cálida y melodiosa, La contemplé en esa fotografía. Era bastante buena, y reproducía fielmente el original.

—Me gustaría volver a oírte cantar, Kathryn Woods —dije, sonriente, saludando al retrato—. Tal vez vuelva por aquí un día, encanto.

Me alejé del club. Di vuelta a la esquina, encaminándome hacia el aparcamiento vecino, donde dejara mi coche. Mis pisadas sonaban huecas sobre el húmedo asfalto de San Francisco, en aquella calle solitaria del Latin Quarter.

De repente, me di cuenta de que no estaba tan solitaria. Junto a los coches aparcados, había dos individuos con gabardina clara, fumando cada uno un cigarrillo. Un tercero aparecía ahora tras de mí, caminando distraído mientras silbaba un fragmento de *Long go and far away*. Todo muy normal, muy inocente.

Pero yo olfateo las cosas raras. Me huelo los problemas a una milla de distancia. Y ésta fue una de esas veces.

Intenté salir del triángulo que formaban aquellos hombres en torno mío. No era nada fácil. Y no resultó.

Se vinieron hacia mí con rapidez, apenas observaron que había intuido algo. Traté de eludirles, me enfrenté al que venía tras de mí, para buscar una salida por el punto más débil.

Si aquél era el más débil, había que imaginar cómo serían los demás. El hombre me cerró el pasó con sus brazos. Al tratar de hacer un regate hábil, él cortó en seco el intento y me disparó un zurdazo que me cogió de lleno, lanzándome al asfalto como un monigote.

Juré entre dientes, sacando mi revólver de cañón chato inmediatamente. Un puntapié alcanzó mis dedos, haciéndolos crujir, al tiempo que me desarmaban con la mayor facilidad del mundo.

Pude aferrar la pierna de uno de mis enemigos, y le derribé aparatosamente en tierra, oyendo el impacto de su cráneo en el asfalto. El tipo parecía aturdido, y le pegué un patadón en los riñones que le hizo aullar como un perro pisoteado.

Los otros dos se tomaron la revancha. Empezaron a llover golpes sobre mi cuerpo. Usaban algo mucho más contundente que sus puños: unas porras de goma, cuyos golpes en mi cabeza y cuerpo me hacían sentir un dolor profundo e irresistible.

Uno de esos impactos me alcanzó tras de la oreja, mientras forcejeaba por incorporarme, y me derribó como a un animal en el matadero. Lo único que recuerdo es que el asfalto vino hacia mí, y me estrellé en él, oscureciéndose todo a mi alrededor.

Tal vez fue un piadoso desvanecimiento.

El despertar no resultaba agradable. Mil dolores agujoneaban mi cuerpo y mi cabeza, hasta casi desear de nuevo la pérdida de mi conciencia. Pero estaba llovisnando, y las frías gotas de agua contribuían a que reaccionase.

Me incorporé a medias, dominando mis quejas lo mejor posible. Estaba tumbado en el negro y mojado asfalto, entre cubos de basura y papeles rotos. No era el aparcamiento, sino un callejón estrecho, alumbrado por una bombilla roja que pendía de una pequeña puerta.

Identifiqué trabajosamente el lugar, mientras intentaba ponerme de rodillas apelando a toda mi voluntad y energías, harto escasas en aquel momento. Era el callejón posterior del Tiburón Azul. La luz roja marcaba la salida del escenario.

Maldije entre dientes a mis agresores. Se habían cebado bien en mí. Cada hueso, cada articulación, cada músculo, era un foco de dolor. Era como si hubiese salido de una trituradora.

La presencia de la chica me sorprendió así. Noté borrosamente el taconeo de sus zapatos de tacón alto, y una leve vaharada a suave perfume de jazmín que no me era del todo desconocido.

—Pero... ¿qué le ocurre? ¿Cómo se ha puesto así? ¿Ha sido víctima de un atropello?

—Algo parecido —gemí entre dientes, tratando de reconocer el rostro, bajo aquel sombrerito que remataba, unos cabellos a los que la bombilla roja hacía parecer aún más cárdenos—. ¡Oh, es usted..., señorita Woods...!

—Veo que leyó mi nombre en la cartelera —suspiró la pelirroja, ya más cerca. Capté su exclamación de horror al verme el rostro. Debía de ser un mapa—. ¡Cielos, pero si está desfigurado! Es terrible lo que le ha ocurrido. ¿Quiere que llame a una ambulancia?

—No, no llame a nadie, señorita Woods —rogué—. A nadie...

—A un policía, cuando menos —insistió—. Tiene que tener alguien que se ocupe de usted.

—Me las arreglaré solo, no lo dude. No llame a policía ni ambulancias. Es un asunto personal. No harían más que complicarlo, créame. Siga su camino. Yo tengo aquí cerca mi coche. Ya llegaré a casa, no lo dude... Y gracias por todo.

—No. No puedo dejarle así. Venga conmigo. Yo guiaré su coche. Le llevaré a dónde diga. Vamos, no insista. No llegaría lejos por sí solo, estoy segura.

Era una buena chica. Me dejé llevar, apoyándome en ella y en la pared. Tenía razón, ¡qué diablos! No hubiese podido dar ni diez pasos seguidos. Alcancé mi coche. Entramos en él. Ella tuvo que poner mucho esfuerzo en ello para acomodarme junto al volante. Al dejarme caer, mi cuerpo todo pareció chillar de dolor. Borrosamente, vi sobre el tablier mi revólver, junto a un papel escrito. Ella también lo vio.

—¿Qué es esto? —Tomó el papel con rapidez. Yo estaba mucho más lento para todo. Leyó en voz alta—: «Retírate del asunto, La Salle. Éste fue solo el primer aviso. Imagina cuál será el segundo». Y no lleva firma... Escuche ¿qué ocurre aquí? ¿Es que le han dado una paliza? ¿Es eso, verdad? ¡Vamos, dígame lo que sucede o llamaré a la policía inmediatamente, le guste o no!

Me incorporé. Traté de decirle algo, de pedirle que esperase un poco...

Creo que había sido demasiado esfuerzo llegar al coche, tras la terrible paliza sufrida. Me desvanecí justamente entonces, por segunda vez. Ni siquiera llegué a contestar a sus preguntas.

## CAPÍTULO V

Aquello era diferente.

Un despertar más suave, más grato, menos doloroso que el anterior. Como si un bálsamo milagroso se hubiera extendido sobre mi cuerpo.

Abrí los ojos. Asombrado, vi flotar mi cuerpo en una bañera. Tan desnudo como cuando vine al mundo. En el agua había una suave espuma, y tenía un aroma medicinal. Mi cuerpo parecía sumergido en un manantial curativo. Los dolores eran ya mucho más tolerables.

Perplejo, miré en derredor. Aquel cuarto de baño me era totalmente desconocido. Nunca había estado antes allí, a menos que la paliza me hubiera vuelto amnésico.

—¿Qué diablos significa...? —Comencé con voz ronca.

De detrás de la puerta entreabierta del cuarto de baño llegó una risueña voz femenina:

—Vaya... ¿Ya ha vuelto en sí el enfermo? ¿Cómo se siente ahora?

Reconocí la voz. No, no había perdido la memoria. ¡Era Kathryn!

—¡Cielos...! —gemí—. ¿Usted..., usted me ha..., me ha...?

—¿Desnudado? —Oí su carcajada, y asomó por la puerta, tan desenvuelta—. ¡Claro! ¿Quién iba a hacerlo, si no? No se asuste. He visto a otros hombres desnudos antes de ahora. Mi padre trabajaba en una empresa de baños, en Oceanside. De salvavidas. Yo le ayudaba, de Muchacha. El desnudo de un hombre no tiene gran importancia para mí.

—¿Dónde estoy ahora? —Crucé mis brazos pudorosamente para que, pese a su desparpajo, no me siguiera viendo en traje de Adán.

—En mi apartamento, por supuesto —sonrió ella—. No vi otro sitio mejor adonde llevarle.

—¡Su apartamento! Pero ¿cómo pudo... sacarme del coche,

llevarme consigo...?

—Pedí ayuda a Herbert. Herbert es el conserje de la casa. Muy fuerte y muy amable. Le expliqué que era usted un hermano mío, y había sufrido una caída. No se lo creyó, pero me tiene sin cuidado. Lo cierto es que le subió hasta aquí. Luego, yo le metí en el baño.

—Y me quitó las ropas —sacudí la cabeza, atónito—. ¿Se da cuenta de que su reputación va a sufrir mucho por culpa de confiar en ese conserje?

—Mi reputación nunca me preocupó demasiado. Desde que me metí a cantar en los locales nocturnos, eso ha dejado de tener sentido para mí. Me basta con tener mi conciencia tranquila. Los demás no cuentan. Ahora, necesita un masaje. Se sentirá como nuevo.

—No, no, espere —la detuve con ambas manos, implorante—. Por favor, salga ahora. Me..., me incorporaré yo mismo. Noto que puedo hacerlo. Me secaré... y me pondré algo...

—Está bien —rió de buena gana—. Haga lo que quiera, y venga luego. Necesita ese masaje para sentirse mejor. Le aseguro que no pienso abusar de usted.

Me dejó en el baño, confuso y avergonzado como si fuese un chiquillo. Aquella muchacha era un verdadero diablo, capaz de intimidar al más pintado.

Poco después estaba en sus manos, con una toalla enrollada a la cintura, y tendido sobre una mesa. Su masaje me confortó y me inyectó nuevos ánimos. Sus manos eran como una caricia de seda, a veces, y un tónico excitante en otras. Pero era tal la sencillez con que hacía las cosas, que las dejaba vacías de todo posible sentido erótico.

—Ahora, ya puede vestirse —me dijo, al terminar—. Le prepararé algo de comer y beber y estará en disposición de regresar a su casa y dormir bien.

—Pero debe ser tardísimo ya... —me quejé.

—Sólo las cuatro de la madrugada —rió—. Por media hora más, no va a estropear su sueño. Le conviene tomar algo, créame. Y yo no tengo sueño, no se preocupe por mí.

Era irresistible. La obedecí una vez más. Me vestí y salí a un gabinete confortable, mientras ella preparaba algo caliente en la cocina, cuyo aroma apetitoso llegó a mi olfato, recordándome que

no tomaba nada sólido desde las siete de aquella tarde.

Sorprendido, miré las paredes del gabinete. Una colección de magníficas fotografías aparecía extendida por el muro. Paisajes, retratos y motivos artísticos, se combinaban en aquella colección.

De repente, lance una exclamación de asombro. Me incorporé de un salto.

Una de las fotografías correspondía al retrato de una mujer rubia, poderosamente atractiva, de mirada magnética y gesto sensual. Me acerqué para verla mejor.

—¿Le gustan mis fotografías? —dijo la voz de Kathryn Woods a mi espalda—. Las hice yo. Es mi gran afición de toda la vida. Más que la canción. Pero no da dinero.

—Ésta..., *esta* fotografía precisamente —señalé a la mujer de rubia melena—. ¿También la hizo usted?

—Claro —asintió—. ¿La conoce acaso?

—Sí —afirmé roncamente—. Es Maggie Dorian, una mujer perseguida por robo y homicidio.

—¿Maggie Dorian? —ella arrugó el ceño, sorprendida—. Es raro...

—¿Raro? ¿Por qué? —Me volví a ella, intrigado, lleno de excitación—. No abundan mucho las fotografías de Maggie Dorian. No era aficionada a dejarse fotografiar demasiado...

—Quizá. La mujer a quien yo fotografié no era Maggie Dorian. No me dijo que se llamase así. Pero no quería fotografías. Ella..., ella creyó que yo había destruido el negativo de su foto. Pero era un buen retrato, y no quise hacerlo. La engañé con un falso negativo que destruí ante ella, tras sustituir el auténtico.

—¡Pero ella *sí* es Maggie Dorian! —insistí casi violentamente—. La conozco muy bien, Kathryn...

—Bueno, tal vez me engañó —pestañeó rápidamente Kathryn Woods, contemplando con aire perplejo la fotografía—. Pero ella decía llamarse entonces... Barbra Canary.

Barbra Canary.

Era demasiado increíble. Demasiado fantástico.

Pero Kathryn no tenía por qué engañarme. Ella decía que era Barbra Canary. Yo tenía que creerla. A menos que estuviera volviéndome loco.

Dos casos. Dos asuntos diferentes en un solo día. Un hombre que quiso matar a su esposa, y el presunto cadáver de ésta desapareció, empezando a recibir misteriosas postales firmadas por su esposa. Una mujer amenazada de muerte por un misterioso tirador de rifle, pide los servicios del hombre a quien engañó y dejó metido en un lío, haciéndole aparecer como un posible encubridor de un caso de robo con homicidio.

Ésos eran mis dos malditos casos. Y ahora, de repente...

Ahora, de repente, los dos casos eran UNO SOLO.

Maggie Dorian y Barbra Canary eran una misma persona, a juzgar por lo que decía Kathryn Woods. Si eso era cierto, no podía ser casual que ambos casos hubieran llegado a mis manos simultáneamente.

¿Qué papel representaba, en todo esto, Sylvester Canary, el aparente hombrecillo amedrentado por su culpabilidad y por la descripción de su esposa, tras lo que pareció un asesinato consumado?

¿Y yo qué diablos pintaba en todo aquel lío?

—Sí, Ricky. Es Barbra Canary, no hay ninguna duda.

Su voz apacible, segura de sí, me volvió a la realidad. Miré con asombro a la pelirroja muchacha, que examinaba un archivo de negativos y había sacado uno en particular, que me mostró.

Llevaba adherida una etiqueta blanca, con un número de orden, una fecha y un nombre. El nombre, naturalmente, era ése: Barbra Canary. La fecha, muy reciente: febrero de 1949.

—Febrero de este año... —repetí, alzando el negativo en mi mano—. Kathryn, ¿dónde hizo usted esa fotografía y por qué motivos?

—No encierra ningún misterio —declaró ella con sencillez, encogiéndose de hombros y mirándome curiosamente—. Conocí a esa dama en Salt Lake City, en Utah, cuando actuaba yo en un club nocturno de la ciudad.

—En Salt Lake City... —recordé las postales enviadas a Sylvester. Una fue matasellada en esa ciudad, pero con fecha muy posterior a la que figuraba en el negativo de Kathryn Woods—. Siga, por favor. ¿Cómo la conoció, y por qué hizo la fotografía?

—Ella frecuentaba ese club. Buscaba trabajo, según me enteré.

—¿Trabajo? ¿Una mujer que ha robado doscientos setenta mil

dólares? —dudé.

—Me pareció que no andaba muy bien de dinero, la verdad. Además, se traía algún grave problema entre manos. Parecía preocupada, como asustada. —Kathryn contempló la fotografía, pensativa—. Me dijo algo que no creí entonces: la buscaban para matarla.

—¿Para matarla? —recordé a Sylvester Canary y su obsesión homicida hacia su esposa. Mi mente empezaba a ser un torbellino de confusiones. Por otro lado, estaba el caso que me presentó Loomish: alguien quería matar a Maggie Dorian. ¿Dónde estaba la verdad y dónde la mentira en todo aquello?

—Sí, eso dijo. Yo pensé que era un truco para lograr mi ayuda. Me pareció tan asustada, que la ayudé, aunque todo aquello me parecía algo irregular.

—¿En qué la ayudó, Kathryn?

—En hacerle esa fotografía.

—¿La fotografía? ¿Para qué?

—Tenía que salir esa misma noche de Utah. Y del país. Había extraviado su pasaporte, eso me dijo ella. No tenía tiempo para solicitar un duplicado, o sería asesinada. Necesitaba uno falso en el mercado negro.

—Pero eso es un delito...

—¡Claro! Ya se lo hice notar. Me dijo que, por salvar su vida, estaba dispuesta a todo. Le hice la fotografía, y se la revelé inmediatamente. Esa misma noche, desapareció de Salt Lake City. Supongo que obtuvo su pasaporte y le puso la fotografía que yo le hice. Eso sí, me rogó que le entregase el negativo de la foto. E hice la manipulación que ya le mencioné antes.

—Muy curioso. De modo que ella... huyó. Y usted colaboró en una ilegalidad...

—No era una complicidad, para ser exactos —sonrió Kathryn—. Sólo la ayuda a una mujer en apuros. De no ser yo, cualquier otro desaprensivo le hubiera hecho esa fotografía, cobrándole mucho dinero por ella. Cualquiera hubiera advertido algo ilegal en el encargo de unas fotos de pasaporte a obtener en sólo una hora, y hubiese abusado del hecho. No quise que fuera así. Además, puedo alegar ante cualquier tribunal que ignoraba el destino de tal fotografía. No pueden acusarme de nada.

—Quizá no. Pero su conciencia...

—Amigo mío, mi conciencia está tranquila cuando hago lo que creo deber hacer —dijo con un delicioso cinismo—. Después de todo, la ley no siempre tiene la razón.

—Kathryn, si esa mujer, Barbra Canary, es realmente Maggie Dorian, como delata esa fotografía, a menos que sean hermanas gemelas, habrá ayudado usted a algo más que una mujer en apuros. Habrá colaborado a la evasión de territorio norteamericano de una culpable de robo, homicidio y algunas cosas más, como fugarse tras ser arrestada por un sargento de policía, tras drogar a éste, y dejarle en situación desairada que provocó su degradación oficial en el Cuerpo.

—¿Y ese policía era...?

—Yo mismo, sí —afirmé, de mala gana—. Veo en sus ojos que lo sospecha.

—Lo siento de veras —murmuró Kathryn—. Es que sus palabras me han hecho recordar algo.

—Recordar, ¿qué? —La miré inquisitivamente.

—Nunca más vi a aquella mujer, fuese Barbra Canary o Maggie Dorian. Pero hace pocos días vino a verme un policía. Un oficial de Homicidios, exactamente.

—¿De Homicidios? —Me puse rígido—. ¿Recuerda su nombre?

—Sí. Teniente Murdock —asintió Kathryn suavemente.

—¡Murdock! —rechiné los dientes con disgusto—. ¡Maldito sea el muy...! ¿Qué quería de usted ese cerdo con placa?

—Averiguar algunas cosas sobre mi persona. Había sabido que yo actuaba en el Tiburón Azul porque alguien me envió a Atwater pidiendo trabajo en su nombre. Quería saber de quién se trataba. Se lo dije. Fue Barbra Canary quien me dio el nombre de ese local y de su gerente, para que buscara trabajo si venía alguna vez a San Francisco.

—Ya. ¿Qué dijo a eso Atwater cuando usted le habló?

—Nada. No parecía recordar en absoluto a Barbra Canary, pero me hizo una prueba y me contrató. Se lo dije así al teniente Murdock. Luego, él se fijó en esa fotografía también y me preguntó quién era esa mujer. Se lo dije, igual que a usted. Me preguntó dónde la había conocido y en qué ocasión. Se lo referí, aunque ocultando el detalle del pasaporte. Y eso fue todo. Se marchó sin

añadir más, diciendo que volvería a visitarme más adelante, con toda seguridad. Y me pidió una copia de esa fotografía.

—¿Y se la hizo?

—Sí —asintió ella. Extrajo una cartulina brillante, tamaño postal, de entre los negativos. Me la mostró sonriendo—. Es ésta.

—¿Por qué no me la facilita a mí? Usted podría hacerle otra a Murdock.

—Está bien. Quédese con ella —la puso en mi mano—. ¿Tanto le interesa la dama?

—Más de lo que supone —suspiré, guardando la fotografía en mi chaqueta—. Ahora, creo que debería irme. Ya la he molestado bastante, Kathryn...

—Ni lo sueñe —rió ella, señalándome una mesita—. Ahí tiene algo caliente para comer, una lata de cerveza y una taza de café. Le irá bien. Luego, puede hacer lo que quiera.

Confieso que el aroma de los huevos con bacon y el café caliente, vencieron mis escrúpulos. Me senté, tras verme fugazmente en un espejo, con mi cara desfigurada por los golpes, aunque algo más presentable que cuando Kathryn Woods me encontró.

—Está bien —admití—. Sólo el tiempo justo de tomar esto...

Pero una vez más, Kathryn fue más fuerte que mi voluntad. Mientras engullía mis huevos con bacon, acompañados de buenos tragos de cerveza, y rematando el intempestivo *lunch* con un café caliente, ella había desaparecido de mi vista.

Cuando reapareció, todo lo que llevaba encima era un camisón corto, transparente, y debajo un breve *slip* de encajes. Nada más. Dos senos juveniles y erectos, vibraban con sus cortos pasos hacia mí. Tragué saliva. Me quedé sin aliento.

—Kathryn... —susurré—. ¿Qué..., qué hace...?

—Voy a dormir —bostezó maliciosamente—. Y es muy tarde ya, Ricky. ¿Por qué no te quedas a hacerme compañía?

Estuve a punto de salir de estampida de aquella casa. Pero, claro, no lo hice. ¿Quién hubiera podido reprochármelo?

Me quedé a hacer compañía a Kathryn Woods en sus sueños. Y en todo lo demás. Fue un dulce modo de olvidar la paliza.

Y de meterme en un nuevo lío.

Cuando desperté, ya con la luz del día filtrándose por las

entreabiertas persianas del apartamento de mi joven amiga, ella estaba muerta.

Al mismo tiempo, supe qué clase de sonido me había despertado de mi profundo sueño: la sirena de un coche policial, aproximándose rápidamente a aquel lugar.

## CAPÍTULO VI

Muerta.

Kathryn Woods estaba muerta. A mi lado, en el lecho. Con sus ojos entre ingenuos y maliciosos inmensamente abiertos, con una última, helada expresión de horror y asombró.

Así la había sorprendido la muerte. Silenciosa, rápidamente.

La contemplé, sintiendo un sudor helado que empapaba, de súbito, todo mi cuerpo. Miré aquellas formas de mujer, acariciadas poco antes, ahora yertas, rígidas. Me incorporé en el lecho convertido de súbito en cámara ardiente para el cadáver de una pelirroja asesinada.

Asesinada, sí. No había la menor duda sobre eso. Brutalmente privada de la vida por una mano criminal que la sorprendió durante el sueño. Me admiré de que a mí me hubiera dejado despertar. Era inexplicable.

También era poco claro que yo hubiese dormido tan profundamente como para no enterarme de lo sucedido. Ella tal vez gritó. Al menos, tuvo que agitarse, intentar defenderse del golpe mortal, en buena lógica, por mucha que fuese su sorpresa ante el ataque.

El asesino no había errado en su golpe. Uno solo. Y certero. La navaja automática se hincaba con fuerza en su pecho. Justamente bajo su seno izquierdo. Debía haberle hendido el corazón. La empuñadura era de imitación de nácar. La hoja debía de ser ancha, una de esas navajas automáticas de buen tamaño. Capaz de matar en el acto, sobre todo si quien la maneja tiene fuerza y experiencia en el golpe.

Había poca sangre para semejante impacto. Tal vez la propia cruz y la empuñadura del arma, taponando la herida, habían impedido que brotase más. Aun así, la sábana estaba enrojecida, lo mismo que sus pechos y su estómago y vientre. Miré mi propio

cuerpo. Mis manos.

Me estremecí. Estaban empapadas en sangre. El asesino debió confiar en ello, al ausentarse. Dejaba para la policía una víctima... y un presunto asesino a quien sería fácil acusar, condenar y ejecutar en San Quintín.

Ese presunto asesino era yo.

Y no iba a encontrar, en la policía, persona alguna dispuesta a creer mi relato de los hechos. Especialmente, cuando me interrogasen el capitán McKenna o el teniente Murdock.

¡La policía!

Salté de la cama como un poseso. La sirena policial estaba ya virtualmente allí mismo. Pronto rodearían el edificio y no habría modo humano de abandonarlo sin ser visto.

Corrí a por mis ropas. Jamás me he vestido más de prisa en toda mi vida. Como pude, me lavé las manos en el grifo de la cocina, y las sequé con un paño de toalla. Mis ojos se clavaron en la pared cubierta de fotografías reproducidas a gran tamaño.

Había un hueco en ella. Faltaba una fotografía.

La de Barbra Canary-Maggie Dorian. La de ellas dos. O cualquiera de ellas, ¡malditas fuesen todas! Alguien la había arrancado sin muchos miramientos. El asesino, sin duda.

La sirena se detenía ya ante la casa. Noté el chirrido de los frenos, al detenerse un coche patrulla. Otra sirena sonaba en la distancia. Comenzaba el baile.

Volví al dormitorio. Me incliné sobre la infortunada muchacha de los cabellos rojos y la firme voluntad. Sentí un odio irracional y frenético hacia la persona capaz de terminar con aquella vida joven y esplendorosa.

—¡Adiós, mi pequeña pelirroja! —musité casi con lágrimas en mis endurecidos ojos, pasando mis dedos por sus párpados y logrando cerrárselos—. Juro que quien te hizo esto va a pagarlo. Aunque sea lo último que haga en mi vida, Kathryn. El sucio bastardo que te privó de la vida, llorará lágrimas de sangre cuando tenga que responder por ello, te lo prometo.

Besé sus labios yertos, ya sin calor y sin vida. Sentí una rara emoción. Tal vez porque no había encontrado en mi vida muchas chicas como Kathryn, dispuestas a ayudar a los demás, sin importarles demasiado su propia suerte. En nuestro podrido y

asqueroso mundo de hoy no abundan personas así, maldita sea.

Ahora, había que salir de aquel cepo. Como fuese. No estaba dispuesto a dejarme cazar como un imbécil. Era obvio que el plan del criminal resultó tan simple como eficaz: una vez mató a Kathryn, telefoneó a la policía, informando del crimen. Así, llegarían y me cogerían in fraganti. Tal vez eso significaba que quien lo hizo me conocía bien.

Recordé la paliza en la puerta del Tiburón Azul. ¿Era éste el segundo aviso? Y si era así, ¿de quién partía la orden? ¿De Atwater? ¿Del propio Shark?

Miré por una ventana, sin asomarme. Estaba en lo cierto. Un coche patrulla cerraba un extremo de la calle. Otro venía en dirección opuesta, para bloquearla. Iban a cogerme entre dos fuegos, como a un idiota, si no hacía algo pronto. Ahora.

Lo hice. No tenía otro remedio. Fui a la cocina. Había observado que había montacargas. Lo hice subir rápidamente, y me metí en él, encogido del mejor modo posible. Luego me deslicé hacia arriba. Hacerlo en dirección contraria hubiera sido una locura. No se olvidarían de cubrir toda posible salida, incluso las de servicio. Lo sabía por experiencia.

Llegué al último piso del edificio, y abrí la puerta del montacargas. Daba a una especie de compartimiento destinado al funcionamiento de las poleas y cables del montacargas, así como al mantenimiento y cuidados del mismo. Crucé el solitario lugar, alcanzando una puerta que comunicaba con la azotea de la casa. Abrí el pestillo y salí al exterior, corriendo agazapado por entre los extractores de aire y los respiraderos, hasta alcanzar un parapeto que comunicaba con otro edificio cercano. Salté a éste, y de él a otro, hasta que mi carrera se vio interrumpida por un patio interior. La anchura no era muy grande, pero la altura hacía peligroso el intento.

Sin embargo, no había otro remedio posible. Salté.

Llegué al otro lado de puro milagro. La idea de haberme estrellado en un suelo de vidrio y cemento, veinte pisos más abajo, me produjo un ligero escalofrío, pero nada más. Por otro lado, estaba la amenaza de la cámara de gas, que tampoco era para tomarla a broma.

Corrí como un gamo, hasta verme en otra terraza, situada

bastante lejos de la inicial. Juzgué que si tenía que escapar por alguna parte, aquélla era la única posible.

Me metí en la escalera del edificio, y descendí presuroso hasta alcanzar la planta baja, donde hice más lento y normal mi paso, adopté un aire desenvuelto y me encaminé a la puerta de salida.

Entreabrí la puerta de cristales esmerilados. Miré al exterior. Los coches patrulla eran visibles desde allí, pero a cosa de media manzana de distancia. Los agentes salían de otros dos vehículos recién llegados. Los demás debían de estar dentro. Algunos de ellos oteaban las ventanas altas, arma en mano.

Resueltamente, salí a la calle. Noté el ramalazo del aire frío y húmedo y el escalofrío erizó los cabellos de mi nuca. Recordé, de súbito, que había dejado algo en el apartamento de Kathryn. ¡Mi gabardina!

El teniente Murdock y el capitán McKenna la identificarían en seguida. Además, llevaría algo en mis bolsillos, como hacía habitualmente. Cosas fáciles de identificarme. Por otro lado, estaba mi coche. ¿Dónde lo dejaría Kathryn la noche antes?

Era inevitable. Había llegado el momento de huir. Y rápido. Lo peor es que tenía todo el dinero en la oficina. Lo necesitaba, ahora, para ocultarme, para eludir la persecución implacable de mis antiguos colegas. Iban a volver al revés la ciudad entera, con tal de encontrarme.

Avancé con paso tranquilo por la acera, alejándome del edificio del crimen como si no sintiera prisa en absoluto. Doblé la esquina, crucé la calzada y observé la existencia de un bar-restaurant con dos salidas. Entré, pasé a los lavabos un momento, como excusa, y salí luego por la puerta posterior. Ya en otra calle, llamé a un taxi que pasaba. Le di una dirección.

Una vez llegué a ella, bajé, pagué la carrera y tomé, momentos después, otro taxi, dándole una dirección próxima a mis oficinas. Esperaba un milagro, pero no se produjo. Mi oficina estaba virtualmente tomada de modo militar. La policía montaba guardia en la puerta. Eso quería decir algo: el asesino había trabajado de prisa. La policía sabía ya que yo estaba mezclado en el feo asunto.

¡Adiós mi dinero! Tendría que arreglármelas sin los dólares guardados en mi caja. No podía ni soñar en ir a por ellos, a menos que pudiera convertirme en el hombre invisible. Y eso sólo podía

hacerlo, que yo supiera, John Hall en las películas de la Universal.

Renuncié a imitarle. No existían medios mágicos ni químicos para concederme el don de la invisibilidad. Ir a la casa, era meterse de lleno en la tela de araña de la policía. Mejor no intentarlo.

Me alejé de allí con cautela. Di vuelta a un edificio y me dispuse a llamar a un taxi.

Los sobresaltos del día no habían terminado aún para mí. Un automóvil se detuvo a mi lado, bruscamente, rozando el bordillo de la acera. Era un «Chevrolet» negro, matrícula de California, cuatro puertas. Lo había visto antes. Lo identifiqué en seguida, antes de que hubiese oído la voz familiar cerca de mí:

—¡Eh, señor La Salle, por favor...! ¿Quiere subir? Puedo llevarle adonde quiera...

Le miré. Sylvester Canary pudo parecerme un pobre diablo en mi oficina, la tarde anterior. Ahora, era una especie de ángel guardián caído del cielo. Un tipo providencial en todos los terrenos. Le miré casi con avidez.

—¡Sí, por favor! —dije—. Me viene muy bien nuestro encuentro...

Subí con rapidez a su coche. El arrancó apenas estuve sentado a su lado. Creo que tenía tanta prisa en alejarse de allí, como yo mismo. No se lo impedí, ni mucho menos. No hubiera sido elegante. Pero a mí me importaba un cuerno la elegancia en esos momentos. Y creo que él lo sabía.

Rodamos a buena marcha por entre el tráfico de la ciudad, sin que despegara los labios. Miré su perfil aguileño, pensativamente. Me preguntaba qué papel representaría, realmente, el aparente hombrecillo en todo aquel enredo. Y también el motivo de nuestro encuentro en aquellos momentos.

El habló sin mirarme, pendiente del tráfico urbano:

—¿En qué está pensando, señor La Salle? Parece preocupado por algo...

—Lo estoy —admití, preguntándome interiormente si era un imbécil o un tipo muy listo—. ¿Usted no?

—¿Por qué habría de estarlo? Soy su cliente. Ya conoce mis problemas.

—Sí, claro que los conozco. ¿Qué hacía por aquí a estas horas?

—Venir en su busca. Pero vi policías en la puerta del edificio, e

imaginé que había complicaciones. ¿Las hay?

—¡Dios, si las hay! —gemí—. Le aseguro que no pueden ser mayores, amigo. ¿No sabe por qué está la policía allí?

—Lo pregunté —sonrió ingenuamente—. Me dijeron que buscan a un asesino.

—¿Y le dijeron quién era ese asesino?

—¡Claro! —rió—. Usted.

—Vaya... —le contemplé, perplejo—. ¿Y qué pensó?

—Nada. Mi tarea es pagarle a usted, y que usted piense por mí. Me tienen sin cuidado sus problemas personales. Encuentre a Barbra. Es lo único que le pedí. Y cobró por eso.

—Ya —apreté los labios, empezando a estar convencido de que el mundo todo se estaba volviendo loco sin remedio, con Sylvester Canary a la cabeza—. De modo que no le importa que yo sea un asesino...

—Claro que no —me miró, como si aquello le sorprendiera—. Usted sabe que yo también lo soy en potencia. Sólo que no estoy seguro de que mi víctima viva o no. ¿Qué es lo que hizo, exactamente?

—No lo creería si se lo contara —resoplé—. Oiga, Canary, usted no vino a verme solo porque viera mi anuncio en el periódico, ¿cierto?

Tragó saliva. Su nuez bajó y subió casi cómicamente. Meneó la cabeza, y le vi mirarme con cierta admiración a través del retrovisor.

—Muy cierto —admitió—. Veo que es un auténtico detective. Tenía su nombre de antemano. Leer el anuncio me encaminó a su oficina, eso es todo.

—¿Y dónde leyó mi nombre previamente, Canary?

—En una agenda de mi querida Barbra —rió entre dientes—. Sólo figuraba su nombre, sin más datos, señas o números telefónicos. Verle anunciado, me dio una idea. ¿Por qué no encargarle el caso a una persona a quien Barbra conocía?

—¿Y usted creyó que yo le mentía al aceptar su asunto?

—Eso es. Y sigo pensándolo. Usted debía de ser uno de sus amantes —dijo bruscamente metiendo el coche, en un callejón de altos muros de ladrillo, y frenándolo en seco. Antes de que me diera cuenta, me estaba metiendo un revólver negro y pavonado en el

estómago, con cara alterada y grave—. ¿No es cierto, La Salle?

Nunca me han gustado las armas de fuego.

Y menos aún que me encañonen a mí. Acostumbran a ponerme nervioso. Muy nervioso.

Esta vez no era una excepción. Además, ya estaba nervioso antes de eso. Tenía mis motivos para ello, creo yo.

—No haga tonterías, Sylvester —le dije agriamente a mi interlocutor—. ¿También tiene celos de mí?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Si conoció a Barbra, pudo tener algo con ella. Es usted joven y bien parecido. La clase de tipo que gusta a las mujeres, La Salle.

—Ya lo sé. Pero no vi a Barbra en mi vida, Sylvester.

—Está mintiendo. ¿Por qué, entonces, tenía ella su nombre apuntado en una agenda?

—Es una larga historia. Ahora creo que no hay tiempo de explicarla.

—Pues va a tener que hacerlo —me hincó el revólver en la barriga—. ¿O prefiere que le ponga un poco de lastre a su flaca humanidad?

—Es usted muy persuasivo, ¡maldita sea! —refunfuñé con disgusto—. Está bien, conocí a la mujer que fue su esposa.

—Lo sabía —entornó los ojos maliciosamente—. ¿Fueron amantes?

—¡Váyase al diablo! La mujer a quien usted conoció con el nombre de Barbra se llamaba, realmente, Maggie, Maggie Dorian. Y está buscada por la policía del estado, acusada de robo y homicidio en primer grado.

—¿Se ha vuelto loco, La Salle? Ese cuento no pasa.

—Tiene que pasar, le guste o no —me irrité—. Es la verdad. Tengo una fotografía de Maggie Dorian. ¿Quiere verla?

—No me venga con artimañas. Si mete las manos en los bolsillos, le agujereo la tripa, amigo.

—Está bien, mírela usted mismo. Está en el bolsillo interior de mi americana. Es una buena copia en color. Creo que le gustará.

Rebuscó con una mano, mientras seguía sosteniendo su arma con la otra. Aquel tipo era un obseso de las armas de fuego. Y posiblemente de los homicidios. La idea no me gustó.

Se quedó mirando fijamente la fotografía. Humedeció sus labios.

—Ésta es Barbra —dijo secamente—. ¿Dónde la consiguió? A ella no le gustan las fotografías, ya se lo dije.

—Tampoco a Maggie, ahora que lo recuerdo. Pero necesitaba una para un pasaporte. Se hizo ésta. Es Maggie Dorian, no Barbra Canary. En realidad, ambas son una misma.

—Sigo sin creerlo. No puede ser. Quizá sean dos que se parecen, sólo eso. Pero ésta ha de ser Barbra.

Lo malo es que él tenía razón, pero yo también. Y no debía dejarle sospechar que la fotografía se la hubiera hecho con el nombre de Barbra. Eso haría que no me creyera una sola palabra. Por desgracia para ella, Kathryn no estaba con vida para llevarme la contraria ante aquel enfermo de celos.

—No tengo más evidencias que darle —resoplé—. Pero en cuanto de con ella, se la mostraré para que se entere de una vez por todas de que no trato de engañarle. Maggie Dorian robó un dinero y escapó del país, después de meterme a mí en un buen lío. Debíó quedarse sin blanca, y regresó a California con nombre supuesto, algo alterado su aspecto. Pero no mucho. Antes era más rubia, ojos azules... Esas cosas se arreglan con mayor tinte, lentillas de contacto y todo eso. Pero ambas son la misma. Con el nombre de Barbra, cazó a un incauto llamado Sylvester Canary y se casó con él, sin sospechar que era un celoso de tomo y lomo, capaz de matarla.

—¡Cierre el pico de una vez! —Se enfureció mi acompañante.

—Con eso no va a cambiar las cosas. Maggie se dio cuenta muy pronto de que usted era un peligro y, antes de que pudiera evadirse, usted intentó matarla. Sospecho que debíó cambiarle las balas por cartuchos de fogueo. Ella ha sido siempre muy lista. Usted dispararía muy cerca de ella, y el cartucho la hirió, produciéndole algo de sangre. Ella, muy astutamente, se fingió muerta. Siempre ha sido una buena actriz. Así obtuvo una vez la bonita suma de doscientos setenta mil dólares, a costa de la vida de un hombre, y luego se burló del policía que la arrestó, dándole un cigarrillo drogado, que le puso en sus manos como un inocente corderito, pudiendo ella embriagarle, llevarle a un motel y dejarlo allí, inconsciente, como si hubiera sido este policía culpable de soborno y de coacción amorosa por parte de ella.

—¿Quién era ese policía?

—Yo.

—¡Buen detective he ido a buscarme, cielos! —se quejó Canary.

—No pudo encontrar uno mejor. Lo malo es que acepté un segundo caso tras el suyo.

—¿Y...?

—Y cuando hube cobrado y firmado mi compromiso, supe que mi nuevo cliente era Maggie Dorian, precisamente.

—¡Oh, no! —gimió—. Una cosa así sólo puede ocurrirme a mí, ¡maldita sea!

—Lo siento, Canary. No podía saber que Maggie Dorian iba a recurrir precisamente a mí. Ahora estoy metido en un callejón sin salida.

—Le entiendo. Quiere dejar mi caso, ¿no? ¡Está bien, devuélvame mi pasta y adiós! No quiero complicarle más la vida, La Salle —y hasta retiró de mi vientre su pistola.

—¡No, espere! —le corté—. No sería ético. Usted fue mi primer cliente, Canary. No es justo que le deje colgado ahora. Seguiré con su caso.

—Pero ¿cómo? —se lamentó—. Si yo soy su cliente, ¿cómo puede serlo Barbra, siendo al mismo tiempo Maggie? ¡Oh, Dios, qué lío...!

—Intentaré compaginar ambos intereses. Los suyos y los de Maggie Dorian.

—No veo cómo. Si la ayuda a ella, no puede ayudarme a mí. Y viceversa. A menos que lo que busca sea sólo vengarse de esa fulana... ¡Oh, olvidaba que ella es mi mujer...! ¡Pero debemos matarla, La Salle! ¿No se da cuenta? —Me miró como si acabase de descubrir la cuarta dimensión—. ¡Ambos tenemos motivos para desear liquidar a la maldita granuja! Mate usted a Maggie Dorian, y habrá matado, también, a Barbra Canary. ¿Es eso lo que pretende?

—Canary, sería un detective profesional indigno de serlo si pensara asesinar a mi cliente. No voy a hacer tal cosa, ni permitir que usted lo haga.

—¡Cielos! Entonces, ¿qué clase de ayuda va a prestarme?

—La única que usted me pidió: encontrar a Barbra Canary. Si la hallo, habré cumplido su encargo. A la vez, evitaré que alguien asesine a Maggie Dorian, si realmente es eso lo que sucede y el motivo por el que ella me contrató.

—¿Y después?

—Después, podré entregar a Maggie Dorian a la policía libre de escrúpulos —sonreí aviesamente—. No he prometido a usted, ni a ella, que no haría eso.

—Pero si mató a un tipo, la ejecutarán en San Quintín...

—No lo crea. Es capaz de salir absuelta sólo con que mire al jurado con ojos tiernos y cruce astutamente sus piernas.

—Le creo —aprobó Canary, entornando los ojos—. ¡Tiene unas piernas tan bonitas...!

—Todo lo más, saldría con diez o doce años de prisión. Y eso no quebraría mi ética profesional.

—Es usted listo, después de todo —miró atrás, pensativo—. Pero hay otra chica muerta. ¿Quién es?

—Kathryn Woods. Conocía a Maggie. Es la autora de esa fotografía. Alguien robó una hermosa ampliación de la misma, pero ignoraba que había una copia a tamaño normal en mi bolsillo. Tal vez esa fotografía sea el motivo del crimen.

—¡Cielos! No estará pensando que también Barbra..., digo Maggie... Porque si ella ha matado a otra persona, no la salva ni salir desnuda en medio del jurado, La Salle.

—Confío en que no sea obra de Maggie —medité en voz alta, más preocupado de lo que él creía—. En eso sí que no pienso tener piedad. Quien mató a Kathryn Woods, va a pagarlo. Es una promesa que hice a la pobre chica, cuando la vi muerta.

—No está en situación de hacer promesas, amigo —se oyeron lejanas sirenas policiales, que terminaron perdiéndose en alguna parte—. Le buscan como sabuesos.

—Son expertos en ello —dije con sarcasmo—. Saben que terminarán encontrándome.

—Vaya consuelo...

—Lo que hace falta es que sea lo suficientemente tarde para permitirme concluir mi caso... y el suyo.

—Iba a verle por eso —tragó saliva Canary, como si, de repente, recordase algo—. He recibido otra postal hoy mismo.

—¡Vaya, eso es interesante! —Le miré con viveza—. ¿La lleva consigo?

—Claro —rebuscó en su bolsillo, y me tendió una bonita postal de la bahía de San Francisco, en bellos colores—. Tome. Viene de muy cerca, véalo. Eso tal vez confirme cuánto usted dice...

Volví la postal. En efecto, venía de muy cerca. Mataseis de Sausalito, San Francisco de California.

El texto, el de siempre. Y la misma letra:

«Cariñito, no vas a poderme encontrar. Pero tampoco podrás evitar que te envíe mis saludos. Con amor, Barbra».

Miré más detenidamente la postal. El matasellos tenía algo más junto a él. Algo que, probablemente, Barbra Canary no había visto al escribirla, porque fue puesto después, al matasellarlo. Un sello de goma había impreso en un ángulo:

«Motel Golden Gale. Sausalito, California».

—Motel Golden Gate... —repetí entre dientes.

—¿Eh? ¿Dice algo? —interrogó sorprendido Canary.

—No, nada —negué. Por mi mente pasaron viejas estampas, momentos difíciles de olvidar. Y nada gratos para mí. No estaba evocando ningún instante sentimental ni nostálgico. Todo lo contrario—. Canary, lléveme a alguna parte, lo más cerca posible de la bahía. Pero no cruce el puente. Le detendrían, como deben hacer con todos. Tienen mi fotografía y mi descripción. No pasaría de allí.

—¿Qué piensa hacer? ¿Adónde va ahora?

—En busca de la chica, Canary.

—¿De veras? ¿Cree que seguirá ahí, en Sausalito? —dudó él.

—Pudiera ser que sí. De todos modos, tengo una corazonada. Vamos, arranque ya. Y eluda a todo coche patrulla lo mejor posible. Me conocerán a distancia, si me ven.

—De acuerdo, La Salle —puso el coche en marcha—. Que haya suerte...

—Amén —gruñí, hundiéndome en el asiento.

Y justo cuando arrancaba le pregunté:

—Supongo que esa arma que me mostraba antes, no será la misma con que disparó a su amada mujercita...

—¡Oh, no, no! —rió entre dientes—. Ya le dije que la tiré al agua. Era la verdad. Esta pistola ni siquiera hubiera podido hacerle el menor daño. Es una detonadora de juguete.

Maldije entre dientes, pensando sobre Canary ciertas cosas que

le hubieran ofendido, de haberlas pronunciado en voz alta. Opté por no decirlas.

## CAPÍTULO VII

Después de todo, lo había conseguido.

Estaba en Sausalito. Había salvado las barreras policiales que controlaban las salidas de la ciudad. Después de todo, un expolicía sabe siempre cómo hacen las cosas los policías. Y tiene medios para eludir un cerco.

Un taxi de la localidad me dejó frente al motel Golden Gate. Le pagué la carrera, y se alejó. Me quedé mirando la larga edificación, entre jardines, asomada a la bahía.

Era un mal recuerdo para mí. Allí me había encontrado el teniente Murdock, bajo los efectos de una droga y de una dosis de licor, abandonado por mi prisionera, Maggie Dorian. Allí empezó mi catástrofe profesional y humana.

Y de nuevo volvía al lugar odiado. Cosas de la vida. También Maggie había cometido su propio error: alojarse en aquel motel por segunda vez, enviando desde él la postal de rigor a su marido.

Ella, sin duda, nunca pensó que, una vez depositada la tarjeta en el buzón del motel, para su envío al correo, se le ocurriera al empleado del establecimiento imprimir el nombre de éste en un ángulo. Era un factor con el que no contó, pero que quizá no tuviera ya la menor trascendencia. Tal vez Maggie estaba ya muy lejos de allí en aquellos momentos.

Avancé hacia el motel resueltamente, tras mirar a un lado y otro de la carretera. No vi coche patrullero alguno. Ni siquiera ninguna persona capaz de infundirme sospechas. Tenía que ser muy cauto ahora. Si caía en manos de la policía, esta vez no iban a conformarse con verme degradado. Era un asesinato con todas las de la ley, y me lo achacarían a mí, en cuanto hubiesen hallado mi gabardina en el apartamento de la víctima. Además, debía de haber huellas mías por todas partes.

Eso, sin contar con que el informante anónimo, sin duda el

propio asesino, habría debido plantear las cosas de modo que me acusaran a mí.

Evité cuidadosamente la oficina de recepción del establecimiento. Hacía más de ocho meses de aquellos sucesos, pero fueron tan sonados que quizá el recepcionista se acordase nítidamente de mí. Y eso no me gustaba. No podía fiarme de nada.

Miré la larga hilera de puertas, correspondientes a los distintos apartamentos ocupados por los clientes, tras los setos, palmeras y zonas de limpio césped. Me pregunté dónde buscar a Maggie-Barbra. Si es que aún estaba allí.

A mis espaldas, sonó una puerta al abrirse. Me oculté con rapidez tras un seto. Miré por encima de éste. La puerta de recepción se había abierto. Un empleado se alejaba, con un recipiente de botellas y desperdicios, hacia la parte posterior del edificio.

Me aproximé cautamente a la oficina. Miré a través de la vidriera. Estaba desierta. El único empleado se había ausentado en ese momento. Todo dependía de lo que tardase en volver. Tenía unos escasos segundos para jugarme el todo por el todo.

Y me lo jugué.

Entré en la oficina con presteza. Acudí al vacío mostrador y abrí el libro registro. Mi dedo recorrió rápidamente los nombres allí inscritos: Welsey, Kent, Forbes, Shark, Felton, Stuart... y Canary.

Allí estaba. No ocultaba su nombre: Barbra Canary. Claro que era falso. Pero no dejaba de ser uno de sus nombres de uso oficial en estos momentos. Aunque la policía no buscaba para nada a una Barbra Canary. Su marido jamás había denunciado su desaparición, por motivos obvios.

El número escrito frente al nombre era el once. Rápidamente, abandoné la oficina. Lo hice muy a tiempo. Pude haberme dado de bruces con el empleado, pero la fortuna me acompañó. Apenas había dado yo vuelta al edificio, él regresó por el lado opuesto, con el recipiente ya vacío. Oí la puerta de la oficina, y supe que se había metido en su lugar de trabajo.

Decididamente, crucé el espacio ajardinado, hasta llegar a la puerta numerada con dos flamantes cifras en metal dorado. El número 11.

Golpeé suavemente con los nudillos. Luego, esperé.

Tras un corto silencio, unos suaves pasos sonaron tras la hoja de madera. Se detuvieron ante ella.

—¿Sí? —preguntó una voz tensa, de mujer—. ¿Quién es?

—El mozo del motel, señora —dije con voz atiplada—. Ha llegado esto para usted...

—¿Para mí? —La voz denotó sorpresa—. No espero nada.

—Es un certificado, señora. El remitente es un tal... Sylvester C.

Hubo un susurro de ropa en movimiento. Después, una entonación fría en la voz:

—Está bien. ¿No puede pasar por la rendija de la puerta?

—No, señora. Es bastante voluminoso. Ya lo intenté antes.

—Conforme. Ya le abro.

Y abrió.

Por segunda vez en poco tiempo, me encontré ante el cañón de una pistola. Y esa vez, no era una detonadora de juguete. Era una automática provista de un feo silenciador. Me encañonaba directamente al corazón. La mano de la pelirroja dama no temblaba.

—Entre —invitó secamente—. No intente nada, o disparo. Nadie oirá la detonación, esté seguro. Y sepa, también, que no dudaré en apretar el gatillo, si me obliga a ello.

Lo sabía. Preferí no comprobarlo. No conducía a nada.

Entré. Ella cerró la puerta de un empujón. Me miró, sarcástica.

—Era una burda maniobra. ¿No se le ocurrió algo mejor? —se mofó de mí.

—La verdad, no —confesé, avergonzado. Vi cómo se despojaba de la peluca pelirroja y aparecía debajo su cabello rubio, algo oscurecido. Llevaba lentillas de color. Ahora, sus ojos eran oscuros, no azules. De un color café suave.

—Bien, creo que es inútil fingir con usted —dijo secamente, tirando a un lado la peluca—. ¿Cómo me encontró?

—La postal —dije, sonriendo.

—¿La postal? —Frunció el ceño—. ¡Oh, entiendo! Un error.

—No del todo. No podía saber que, después de escribirla y franquearla, pondrían el sello de este motel.

—¿Eso hicieron? —rió entre dientes, sin dejar de encañonarme—. ¡Qué estúpidos!

—¿Cómo quiere que la llame? ¿Maggie Dorian... o Barbra

Canary?

—¿Usted cuál prefiere? —indagó con sorna.

Le miré, pensativo. Era muy hermosa, ciertamente.

Se comprendían los celos de Sylvester Canary. Y su facilidad en ganarse la confianza en la factoría Shark. Viendo aquel cuerpo de mujer y aquel rostro, se comprendían muchas cosas.

Ahora vestía un pantalón corto, blanco, por lo alto del muslo, ceñido a sus provocativas nalgas. Una camisa amarilla rabiosa, anudada al estómago, dejaba ver el vientre y la espalda de la rubia criatura, lo mismo que el profundo escote. Debajo del tejido amarillo, no llevaba nada. Sólo lo que la Naturaleza le había dado generosamente, que no era poco, ni nada mal puesto.

—Sentimentalmente, quizá el nombre de Maggie —suspiré.

—¿Sentimentalmente? —se burló—. No me diga que se enamoró de mí...

—No, no es eso. Recordaba un tiempo de mi vida.

Era mejor que el de ahora. Y usted lo destrozó, Maggie Dorian.

—Lo siento. Hay que defenderse. Luchar con uñas y dientes. Esto es una jungla. Sólo sobreviven los fuertes.

—Es una buena excusa para arruinar a un policía, pero no para matar a un contable.

—¿Ha venido a moralizar conmigo, La Salle? —Se impacientó.

—No. He venido a saber si tengo que seguir ayudándola para salvar su vida.

—Usted aceptó un asunto. Es detective privado, ¿no? Creo que sabrá lo que debe hacer, respetando la ética. ¿O no piensa hacerlo?

—No debería hacerlo. Pero firmé un compromiso. Y voy a cumplirlo, me guste o no —miré a mi alrededor—. ¿Está sola?

—Es posible que sí —evadióse, cauta.

—¿Por qué teme que la maten? Podría irse a México de nuevo.

—No puedo. Tengo asuntos a resolver aquí. Asuntos importantes.

—Ha viajado mucho últimamente.

—Tenía que hacerlo. Debo eludir a la policía.

—Y a su marido.

—¿Mi marido?

—Sylvester. No el marido de Maggie Dorian, sino el de Barbra Canary —sonreí.

—¡Oh, entiendo! —Sacudió la cabeza, burlona—. No, no me asusta Sylvester. Es un pobre diablo. Está asustado. Es él quien teme una venganza de su amante esposa.

—¿Sólo le asusta la policía?

—Y el que quiere asesinarme —dijo sordamente.

—¿No es ninguna añagaza suya?

—No pagaría tanto dinero por sostener una añagaza que no conduce a ningún sitio.

—Eso parece cierto —admití.

—Intentaron asesinarme una vez. Volverán a intentarlo. Es lo que quiero que usted evite.

—¿Por qué precisamente yo? ¿No resulta una burla demasiado sangrienta?

—No lo es —me miró seriamente, por vez primera desde mi llegada—. Tal vez, en cierto modo, sea una especie de... compensación.

—¿Compensación?

—Sí. Ese dinero que le doy a ganar. La posibilidad de un éxito profesional... Todo eso a cambio de lo que le hice una vez. Es poco, pero es algo.

—Si la policía sabe que usted es mi cliente, será lo único que faltaría para ponerme la soga al cuello —comenté desabrido—. Pero acepto su buena intención, si es que existe. ¿Sospecha de alguien en particular? ¿Quién cree que intenta matarla?

—No lo sé. Tengo mis sospechas, pero no le servirían de nada.

—Al menos, serían una guía. No sé hacia dónde moverme. Es como dar palos de ciego en la oscuridad. Usted robó una fortuna en metálico y huyó a México. Ahora, vuelve, y dice que quieren matarla, después de haber representado el papel de Barbra Canary durante algún tiempo y estar a punto de ser víctima de un marido celoso. Imagine que ese marido es menos bobalicón de lo que parece, que ha descubierto su doble juego, y que está intentando localizarla y matarla. Que incluso yo mismo puedo haber sido puesto en este asunto para localizarla y poderla eliminar.

—Podría ser. Pero hay otras posibilidades.

—¿Por ejemplo...?

—No puedo decirle más. Tampoco podría utilizarlo en su beneficio. Pero sepa algo: Una mujer como yo difícilmente puede

hacer lo que hizo en la fábrica Shark, a menos de que cuente con un cómplice.

—Un cómplice... —La miré, pensativo. Ésa era una idea nueva para mí—. Un cómplice... ¿De modo que hubo alguien más?

—Sí —afirmó—. Hubo alguien más.

—¿Y no se llevó su parte?

—Por el contrario. Se lo llevó *todo*.

Me quedé mirándola, asombrado. Pese a la pistola con silenciador, pese a su agresividad, pese a todo..., estuve seguro de que decía la verdad.

Y muchas cosas empezaron a tener sentido para mí. Cosas hasta entonces sin explicación, como aquel regreso de México, aquel doble juego de Barbra-Maggie... Cosas como estar oculta en un motel, temerosa de algo o de alguien...

—¿La desplumó?

—Totalmente —afirmó, sombría, apretando sus carnosos labios con hosquedad.

—Vaya... Eso explica ciertas cosas, Maggie.

—Supongo que sí.

—Pero si se quedó con todo..., ¿por qué pretende matarla?

—No estoy segura de que sea mi cómplice. Pero puede serlo.

—Insisto. ¿Por qué querría él su muerte?

—Porque los muertos no hablan, La Salle.

—Sí, puede ser toda una razón —acepté, confuso. La miré, meditando el nuevo giro que daba el asunto—. Pero usted me pagó en buenos dólares... Me prometió más dinero si resolvía su caso...

—Tengo algún dinero que no procedía de aquel robo, sino de mis ahorros —dijo secamente—. Con él me estoy defendiendo. Y le pago a usted. Y a mi representante legal, Barry Loomish.

—¿Es abogado?

—Sí. Un abogado en dificultades. Ejerce de un modo peculiar.

—Entiendo. ¿De su confianza?

—Total —asintió—. Por eso le envié a su despacho.

—Muy bien. La ayudaré. Pero necesitaría el nombre de su cómplice. Aunque no le acuse de nada, puede ser muy útil.

—Tengo que pensarlo. Ya le dije que no haría gran cosa, aun conociéndolo. Es difícil probar ciertas cosas. Y más cuando la gente está arriba y resulta complicado derribar su pedestal.

—¿Demasiado importante?

—Quizá —sonrió, evasiva—. Ahora, debe perdonarme, La Salle. Tengo que irme. Usted supongo que no querría dejarme marchar.

—Como cliente mío, sí. Como persona que busco, en nombre de otro cliente llamado Sylvester Canary..., no.

—Lo suponía —suspiró—. Pronto le facilitaré ese nombre que quiere, por si le sirve de algo. Debo pensarlo primero. Ahora..., ¡adiós! Tengo que hacerlo así, o usted me impediría marchar de aquí. Lo siento, La Salle.

Más lo sentí yo. Me descargó un seco impacto con el silenciador de su arma, justamente tras mi oreja.

Sentí un vivo dolor repentino, un aturdimiento completo, y me desplomé en el suelo del apartamento, perdiendo la noción de todo cuanto me rodeaba.

Debí recuperarme pronto de mi desvanecimiento, porque una cortina aún se agitaba al fondo de la sala, como huella del rápido paso de la fugitiva.

Borrosamente, mientras intentaba incorporarme, me llegó el zumbido de un motor de automóvil en marcha.

De inmediato comprendí. Era ella la que escapaba. Mi pérdida de conocimiento había sido muy breve, quizá porque el golpe no resultó demasiado fuerte.

Logré incorporarme, tambaleante, y corrí a la salida. Abrí la puerta, y crucé tambaleante el espacio ajardinado, viendo maniobrar a un automóvil color crema, en la carretera hacia San Francisco.

—¡Espere! —grité, corriendo hacia el automóvil—. ¡Espere, Maggie!

Ella aceleró, apenas hubo terminado la maniobra de dar vuelta en la carretera, para enfilarse hacia la ciudad. Yo corrí hacia la cinta asfaltada. Ella, bordeando la calzada con su coche, pisó el acelerador con más fuerza. El coche se distanció de mí decisivamente.

Justo entonces ocurrió el desastre.

En alguna parte oí el seco estampido de un arma de fuego. Me resultó difícil localizar su origen, por culpa del zumbido poderoso del motor del coche de Maggie Dorian.

Pero estuve seguro de oírlo entre las arboledas y setos que

bordeaban la carretera en aquel punto. Luego, vi describir rápidos zigzagues al coche de Maggie. Uno de sus neumáticos había reventado. El coche iba a demasiada velocidad para mantener firme el equilibrio en la cinta asfaltada. Se venció a un lado, describió otro zigzag... y se desplomó por la ladera, hacia la orilla del mar, que lamía allá abajo la franja arenosa de la playa, frente a la amplia y hermosa bahía.

Lancé una imprecación de angustia. Corrí como una centella, cruzando la carretera sin importarme el tráfico. Estuve a punto de ser atropellado por una furgoneta, que hizo sonar su claxon desesperadamente, y maniobró muy a tiempo para evitar arrollarme.

Alcancé la cuneta cuando ya el coche color crema caía dando tumbos por la ladera, abollándose su carrocería con cada impacto, crujendo los cristales destrozados en los dramáticos vuelcos.

Se quedó atrapado entre unos peñascos y unos pinos marítimos. Corrí ladera abajo... y, de repente, el coche empezó a arder. Era cosa de segundos que estallara, y yo lo sabía.

A pesar de ello, no dejé de correr, de descender, acercándome al vehículo siniestrado. La portezuela había quedado arrugada, y era difícil abrirla. Cuando lo conseguí, las llamas envolvían virtualmente el vehículo, y de un momento a otro saltaría hecho una bola de fuego, llevándome a mí consigo.

Pude al fin extraer de entre los retorcidos hierros el cuerpo de Maggie Dorian, salpicado de sangre, exánime, con sus ropas desgarradas, semidesnuda. Con él en brazos, corrí ladera arriba y me tiré de bruces tras unas piedras.

Lo hice muy a tiempo.

A mis espaldas, el estruendo acompañó la violenta llamarada que se produjo al estallar el vehículo como si fuese una bomba. Pavesas y fragmentos de hierros retorcidos llovieron en derredor nuestro.

Pero no sucedió nada, salvo unas quemaduras en mi traje y en los rubios cabellos de Maggie. Salí luego del refugio con ella, mientras el fuego y el humo seguían elevándose de los ennegrecidos restos del vehículo.

Deposité a Maggie en la cuneta. Muchos automóviles se detenían en torno nuestro, y sus conductores trataban de ayudar. Alguien

corrió a llamar a una ambulancia. Otro dijo que avisaría a los patrulleros. Yo tenía que alejarme de allí como fuese. Pero antes tenía que comprobar el estado de Maggie.

No tardé mucho en hacerlo. Desgraciadamente, había poco que ver. Nadie podía hacer ya nada por la rubia bribona. La caída del automóvil había resultado mortal para ella.

Tenía hemorragia interna, sentí sus costillas hundidas, cuando toqué su torso, y los labios carnosos dejaban fluir unos regueros espumeantes de sangre. Su lividez era sintomática. Su respiración jadeante, casi un estertor también.

Después de todo, el asesino se había salido con la suya. Había dado caza a su víctima. Maggie no mintió. Tenía razón al sentirse amenazada por alguien. Yo no había sido capaz de evitar el asesinato.

Ella entreabrió sus ojos en ese momento. Me miró. Noté que sus dedos fríos rozaban los míos.

—Ricky... Gracias... —musitó, mientras fluía más sangre entre sus labios—. Intentó... salvarme... pese a todo.

—Era mi deber, Maggie —susurré.

—No sólo por eso. Me había perdonado ya... —Trató de sonreír débilmente—. ¿No es así?

—Sí, Maggie. La había perdonado —valía la pena mentir en este momento. Después de todo, ahora sí la había perdonado ya por completo—. No se canse. Llegará en seguida la ambulancia.

—¿Para qué? —Meneó la cabeza—. Es el fin, Ricky... Lo sé... Lo noto. Mi cuerpo... ya no es nada..., sino dolor... Me arde todo. Como si tuviese un fuego interior abrasándome...

Cerró sus ojos, pero volvió a abrirlos. Se extinguía por momentos. La apremié:

—Maggie, alguien disparó sobre el coche. El asesino... ¿quién es? ¿De quién sospechaba? ¿Quién era su cómplice? Vamos, Maggie, es la ocasión de permitirme cumplir mi misión..., aunque sea después de este primer fracaso...

Ella entendió. Asintió con la cabeza. Me miró. Aferró mis dedos. Quiso hablar. Abrió la boca. Vomitó sangre. Se vidriaron sus ojos, dilatados de repente, fijos en mí o en el vacío, nunca lo sabré.

Y se acabó todo.

Murió sin decirme nada. No me reveló el nombre. No me dijo

nada.

Me quedé mirándola, absorto. Alguien comentó allí cerca:

—Ya viene la ambulancia... Pero veo que no sirve ya de mucho.

Sentía sus dedos yertos, apretando los míos. Suavemente, los retiré. Me incorporé, mirando a la mujer que había causado mi ruina. No, no mentí. Ya no sentía nada contra ella en estos momentos. La había perdonado. A los muertos se les perdona siempre.

Me aparté de ella. Tenía que salir pronto de allí. No me convenía que ningún patrullero me viese. Eché a andar, disimuladamente, entre los curiosos, alejándome del cadáver de Maggie Dorian.

Luego, una vez alejado del corro, aceleré el paso, busqué con la mirada una ruta a seguir para distanciarme de modo definitivo.

En aquel momento, el automóvil negro giró en la carretera ante mí. Me cerró bruscamente el paso. Lo miré, desconfiado, presintiendo algún desastre. No me equivoqué.

La portezuela delantera se abrió. El hombre que manejaba el volante apareció ante mí, revólver en mano. Me encañonaba sin contemplaciones. Leí en sus ojos que, si intentaba cualquier cosa, no dudaría en apretar el gatillo.

—En nombre de la ley, date preso, Ricky La Salle —anunció con su odioso énfasis—. Intenta alguna de tus argucias, y te dejo seco, bastardo.

Era el teniente Murdock, de Homicidios. Mi peer enemigo.

Ya me habían cazado.

## CAPÍTULO VIII

Las esposas se habían cerrado en torno a mis muñecas con un seco chasquido que me era muy familiar.

—Bien, La Salle. ¡Ahora, adelante! De regreso a casa. Todos te están esperando con los brazos abiertos...

Eso era lo que más me irritaba de él. Además de salirse con la suya, se burlaba de mí, el muy puerco. Así era el teniente Glenn Murdock, de la División de Homicidios de San Francisco. Mi exjefe directo. Pero nunca mi amigo. Creo que jamás nos habíamos podido y tragar él y yo. Era algo instintivo.

Me metieron en el coche, con un patrullero a mi lado, y otro delante, conduciendo, con Murdock junto a él. El vehículo arrancó, haciendo sonar su sirena, y empezó a devorar asfalto, camino del centro urbano.

Detrás quedaba la ambulancia, retirando el cuerpo de la infortunada Maggie Dorian, y todo el cerco de curiosos y de coches patrulla circundando el teatro del suceso. Miré por la ventanilla trasera, sombríamente.

—Hice bien en tender mis redes en diversos puntos —comentó sarcástico Murdock—. Seguíamos la pista de Maggie Dorian. Su farsa como señora Canary no engañó a nadie del departamento. Esa postal fue interferida antes de recibirla Sylvester. El caso está concluido. Tu compinche y amante, ha muerto. Y tú vas a responder de varias cosas; entre ellas la muerte de una pobre chica llamada Kathryn Woods... El gerente del Tiburón Azul, Al Atwater, te ha identificado. Estuviste anoche allí. Vonetta, la chica de color, también. Debiste irte con la pelirroja Kathryn. Te vieron hablar con ella en el club. Luego, la mataste porque ella tenía relación con Maggie y quizá sabía cosas de ella y tuyas... No te va a librar nadie de la cámara de gas esta vez, La Salle.

Le había intentado relatar la verdad de los hechos, pero todo fue

inútil. Ni siquiera quiso escucharme. Murdock era un maldito zoquete, una rata de cloaca, capaz de todo con tal de verme hundido. Creo que siempre me había tenido envidia. Sabía que llegaría más arriba que él de haber continuado en la policía.

Ahora, estaba en sus garras. Había perdido la partida, y lo sabía. Mi único testigo estaba muerto. Maggie no podría confirmar ya nada de cuanto yo dijese.

Dentro de poco estaría en una celda, esperando ser juzgado y condenado, mientras el verdadero asesino, el cómplice de Maggie, el que disparó sobre su coche, provocando su muerte, tal vez el mismo que mató de un navajazo a Kathryn Woods, permanecería en la más absoluta impunidad, mofándose de mí y de todos.

Eso me exasperó. Sabía que no podría evadirme, que no me era ya posible ni siquiera luchar con mis propias fuerzas para intentar descubrir la verdad. Estaba cazado y bien cazado.

Cuando la puerta de la celda del departamento se cerrase tras de mí, se habría cerrado virtualmente la tapa de mi ataúd. No había esperanza. Ni Murdock ni el capitán McKenna creerían nunca una sola palabra de cuanto yo pudiera decir. Además, no tenía evidencia alguna en que basarme. Era imposible demostrar mi inocencia. Y más imposible aún demostrar la culpabilidad de alguien cuya identidad todavía desconocía.

La idea martilleaba mis sienes, mi cerebro todo, mientras el automóvil policial me conducía hacia la ciudad. Cada milla, cada yarda, me aproximaba más y más a mi propia hecatombe.

Y yo no quería darme por vencido. No quería ser encerrado. No quería morir.

La idea era desesperada. Quizá imposible. Pero al menos fulguraba en mi mente. Insistía en permanecer allí.

Ahora... o nunca.

Si no lo intentaba, ya no podría intentarlo jamás.

A vida o muerte. Ahora. En aquel momento. Antes de que fuese demasiado tarde.

Podía perder la vida, era bien cierto. Pero también iba a perderla tras el proceso. Sería un ejemplo para los demás policías. Por haberlo sido, no me condenarían a prisión sino a la pena capital. Habría que hacer un escarmiento. Y lo harían.

Morir por morir, tanto daba ahora que luego.

Sería ahora. Tenía que intentar.  
Y lo intenté.

Mi acción encontró desprevenidos a mis guardianes.

Nadie esperaba que yo intentara algo semejante. Era suicida, a la velocidad que iba el coche. Y rodeado por tres hombres armados y dispuestos a todo. Pero en mis circunstancias, el suicidio era solamente un modo como otro cualquiera de terminar. Lo tenía todo perdido. Y podía ganar mucho.

Fue al tomar una curva el automóvil. Por mi lado, la portezuela iba bien cerrada y asegurada. Ni siquiera se me ocurrió probar por ese lado. En vez de ello, opté por el lado de mi escolta armada, el patrullero situado a mi izquierda.

Había observado que su revólver asomaba de la pistolera, justamente junto a mi cuerpo. Llevaba las manos esposadas a mi espalda, pero eso no importaba mucho ahora. Yo era diestro y escurridizo. Había hecho cosas más difíciles en mis entrenamientos para ingresar en el Cuerpo. Cosas que no había olvidado en esos años.

Logré golpear bruscamente, con brutalidad, mi cabeza contra la cabeza del patrullero. Éste gimió, aturdido, a punto de desvanecerse, mientras yo contenía del mejor modo posible el dolor de mi propia cabeza, en cuyo interior parecían estallar ahora centellas de luz.

Simultáneamente, giré el cuerpo lo suficiente para aferrar la culata de su arma con ambas manos. Era difícil, pero no imposible. En el asiento delantero, se dieron cuenta de que algo sucedía a sus espaldas.

Murdock se volvió. Yo incliné otra vez mi cabeza, y pegué con ella en la nuca del patrullero conductor, que lanzó un grito ronco y osciló, empezando a bailotear el coche entre sus manos.

El teniente juró entre dientes, buscando su arma. Yo disparé la que acababa de obtener contra la portezuela, a quemarropa. Destrocé la cerradura, y la portezuela osciló, abriéndose.

Me tiré por ella con rapidez, describiendo una voltereta al rodar al asfalto, como un suicida. El coche policial, ululando su sirena, siguió adelante, se alejó de mí, forcejeando Murdock y el conductor, en su empeño por estabilizar su carrera. Al mismo tiempo, el teniente disparó su arma por la ventanilla, pero yo estaba rodando

ya sobre el asfalto, hacia la cuneta, por la que me dejé rodar, dando gracias al cielo por no haberme arrollado ningún otro coche en mi caída.

Oí un largo chirrido de frenos cuando el coche de Murdock se detuvo en alguna parte, allá en la carretera. Me incorporé, sintiendo todo mi cuerpo dolorido, así como mi cabeza por los golpes descargados. Tenía que huir, alejarme de allí como fuese, y buscar un medio de ocultarme, de quitarme aquellas malditas pulseras de acero. Demasiadas cosas para un hombre solo, en situación tan desesperada. Pero ya había hecho lo más difícil, y estaba dispuesto a que no volvieran a cazarme vivo.

—¡Es inútil cuánto hagas, La Salle! —Oí la voz estruendosa de Murdock, allá arriba—. ¡Vamos a cazarte de nuevo, vivo o muerto! ¡No nos obligues a tirar a matar, estúpido!

La cacería iba a empezar muy pronto. Sonreí duramente. Vi que eran tres las siluetas que se lanzaban ladera abajo, en busca mía. Me agazapé entre los arbustos, moviéndome en sentido lateral, alejándome de ellos hacia el punto donde habían dejado su coche.

Sabía que la cacería, de continuar allí, sólo podía tener un final. Pero yo estaba dispuesto a darle otro muy distinto. Me arrojé al suelo, cuando la maleza me cubría totalmente.

Había una maniobra que en Houdini no hubiese sorprendido a nadie, pero sí en una persona vulgar. Y, sin embargo, la había hecho muchas veces en la escuela de adiestramiento de la policía, para el caso de ser aprehendidos por un malhechor. Éste no era el caso actual, pero venía muy a la medida el procedimiento.

Una vez en tierra evolucioné, pasando mis piernas flexionadas y parte de mi cuerpo, acrobáticamente, por entre los brazos esposados. De ese modo, mis manos pasaron a estar delante mío, lo cual favorecía bastante más mis movimientos que llevándolas a la espalda. Recuperé mi arma, y seguí escabulléndome de mis perseguidores.

Oí sus disparos. Hacían fuego al azar, pero ellos sabían que disponían de todo el tiempo del mundo para acabar conmigo. Uno de los patrulleros usaba su emisor portátil para requerir la ayuda de otra patrulla.

Entonces comencé a reptar, subiendo dificultosamente la ladera. Pese a todo, imprimí cierta rapidez a mis movimientos y alcancé la

carretera.

Asomé, justamente delante del coche detenido, el vehículo de donde yo había escapado. Nadie quedaba en él, puesto que Murdock y los dos patrulleros estaban buscándome allá abajo.

Rápido, me metí en el coche. La llave estaba en el encendido, dada la emergencia de la cacería emprendida. Sonreí: Había contado ya con algo así. Puse el coche en marcha, sin importarme mucho la portezuela suelta.

Para ello, le hice describir un giro completo y regresé a toda velocidad hacia Sausalito, pero antes me desvié por un sendero vecinal, riéndome interiormente al imaginar la ira del teniente Murdock, cuando regresara a la carretera y descubriese que les había robado el automóvil.

Era mi mejor venganza. La más dulce de todas. Pero sabía que no todo estaba alcanzado ahora. La furia de Murdock le haría remover cielo y tierra para encontrarme. Y yo seguía aún esposado, conduciendo un coche de policía robado. No se podía decir que mis posibilidades fuesen muchas en tal situación.

Pero me conformaba. Esto era mejor que ir camino de una celda, bajo la acusación formal de asesinato. Infinitamente mejor, por mala que fuese mi situación.

—Es todo lo que pude hacer por usted. La Salle.

—Es suficiente, gracias. Mucho más de lo que esperaba —me froté las muñecas, rodeadas aún por las pulseras de acero, pero separadas entre sí, tras romperse la cadena que las unía.

El truhán que me acababa de hacer aquel favor en el taller de su cobertizo, me debía algunos favores de mis tiempos de sargento. No había dudado en ayudarme en aquel trance. Ahora, ya con las manos relativamente libres, podía al menos tener cierta independencia de movimientos.

Además, había llegado la noche, y siempre es más fácil moverse en ella cuando uno no desea ser visto en demasía. Palmeé la espalda de mi benefactor, prometiéndole que jamás olvidaría aquello. El, sonriendo, sacudió la cabeza y me tendió unos guantes que había buscado entre sus cosas.

—Tome, La Salle —me ofreció—. Tienen la manopla bastante larga. Lo suficiente para cubrirle esas feas pulseras a la vista de los demás. Eso puede ayudarle.

Le di las gracias una vez más. Como todos los granujas, tenía siempre una solución para cada cosa. Cuando salí de su casa, situada en las afueras de San Francisco, me sentía mucho más seguro de mí mismo.

Tenía un arma de fuego, un revólver reglamentario de los patrulleros, mis manos relativamente libres y las esposas a cubierto de miradas indiscretas. Lo suficiente para aventurarme por la ciudad de San Francisco, pese a que las patrullas seguirían buscándome desesperadamente.

Pero quizá el lugar donde fuese más fácil pasar desapercibido, pese a todo, era en la propia ciudad de San Francisco, en sus calles, en sus vericuetos, que yo me conocía tan bien. Quizá Murdock pensara que yo estaría huyendo hacia el sur, y tendría controladas todas las rutas que conducían a la frontera mexicana, así como los aeropuertos y muelles, las estaciones ferroviarias y de autobuses. Para todos ellos, Rick La Salle era un fugitivo, un hombre desesperado, que buscaría alejarse de San Francisco y de California por todos los medios humanamente posibles.

Eso es lo que ellos pensarían. Pero yo tenía otras ideas muy diferentes. Y quizá en eso estuviera mi única posibilidad favorable.

Si es que existía...

## CAPÍTULO IX

El teléfono de Sylvester no respondía.

Yo no podía arriesgarme a visitarle en su domicilio. Ahora sabía que el teniente Murdock estaba enterado del doble juego de Maggie, y tenía vigilados tanto a Canary como a ella. De ese modo me había dado caza a mí.

La única idea válida que se me ocurrió fue la de Barry Loomish, el peculiar representante legal de Maggie.

Y allí estaba ahora. En presencia del hombre cetrino, de pelo rizado y cejas frondosas. Loomish me contempló con gesto infinitamente más preocupado que el se me mostrara en mi oficina la primera vez que lo vi.

—Sé todo lo ocurrido, La Salle —me dijo inicialmente—. Sé lo que le pasó a la pobre Maggie... Y sé que le persigue toda la policía del estado. Imagino que es usted inocente...

—Por supuesto que lo soy. Alguien mató a Maggie, disparando contra los neumáticos de su coche cuando ella arrancaba. Creo que es la misma persona que mató a Kathryn Woods, una bonita cantante aficionada a la fotografía...

—Sí, lo es —asintió gravemente Loomish—. Estoy seguro de ello. Si esa chica podía revelar algo comprometedor para esa persona, no dudaría en matarla, estoy seguro.

—Pero esa chica sólo conocía a una mujer llamada Barbra Canary, que no relacionaba en absoluto con Maggie Dorian ni con ninguna otra persona. ¿Por qué asesinarla?

—No lo sé. Es asunto suyo, La Salle. ¿Cree que podrá, todavía, cumplir su misión?

—Estoy seguro de ello. Si no, no estaría aquí.

—Su situación es seria. No puede moverse impunemente por la ciudad. Su fotografía está en todas partes. Los policías le conocen. ¿Qué piensa hacer?

—Aún no lo sé. Usted debe decirme algo. ¿Conoce el nombre del cómplice que tuvo Maggie en aquel robo con homicidio?

—No. Ella nunca quiso hablar de ello. Pero creo que era alguien importante, del que resultaba difícil sospechar...

—Entiendo. Algo parecido me dijo ella. ¿Ni siquiera un indicio, Loomish?

—Ni siquiera eso —suspiró el abogado incapacitado para ejercer legalmente—. Si lo supiera, se lo diría. Apreciaba a esa pobre chica. Desearía ayudarla mejor de lo que me fue posible hacerlo.

—Ya sólo podemos hacer justicia con su asesino.

—Yo tengo en depósito el dinero que ella le prometió si alcanzaba a capturar a ese criminal antes o después de morir ella. Se lo daré en cuanto pruebe quién es el culpable.

—Eso es lo de menos ahora, Loomish. Lo que cuenta es conseguirlo. El dinero importa poco en estos momentos.

—¿Cómo espera llegar a alguna parte?

—No lo sé. Pero voy a intentarlo. He visto morir a Maggie. Esa imagen no se ha borrado de mi mente fácilmente. Y sé que hay algo que debo poner en claro. Tal vez cuando alcance eso, encuentre también al asesino... Loomish, usted tendría facilidades, quizá, para averiguar algo que yo no puedo ahora indagar.

—Dígame lo que es. No le prometo nada, pero intentaré colaborar con usted.

—Gracias —sonreí—. No esperaba menos. Escuche, Loomish...

Me escuchó. Le dije lo que esperaba de él. Y me prometió que, tal vez al otro día, tendría algo al respecto.

Yo salí de su casa con igual sigilo que al llegar. Por fortuna, nadie parecía relacionar al abogado expulsado de su colegio con Maggie Dorian. Eso ya era algo.

Al día siguiente, cuando tuviera esos datos, intentaría hacer algo. Lo que fuese. Pero lo intentaría. De eso podían estar seguros todos. Kathryn y Maggie, que esperaban ser vengadas por mí. El teniente Murdock, que soñaba con aprehenderme de nuevo. Y un oculto y desconocido asesino, que quizá también me acechaba ahora a mí, porque sabía que era su mayor amenaza.

Y ni siquiera podía estar seguro de que Maggie Dorian no me hubiese revelado algo decisivo en el momento de su muerte...

Fue entonces cuando culminé mis averiguaciones.

Justamente tras tener los datos de Loomish e investigar yo algunos otros, con las escasas posibilidades que tenía para moverme por la ciudad sin ser visto.

A la noche siguiente, hice la llamada telefónica.

Esta vez, sí se puso alguien al teléfono. Una ronca voz de mujer.

—¿Quién llama? —preguntó, cauta.

—Un amigo —dije—. Deseo hablar con el señor Sylvester Canary.

—Lo siento, señor. El señor Canary ha salido. Lleva dos días fuera de casa. Soy su asistente. ¿Desea algo en particular?

—Sí, por favor. Es importante, señora. Déjele una nota escrita con éstos, datos; por favor, que sean exactos. Escríbale que no deje de venir esta noche, sin falta, a un apartamento de Bay Street, 118. El apartamento

B-16,

exactamente. Está a nombre de un tal Jerry Brown. Le estaré esperando.

—Está anotado, señor. ¿Jerry Brown, ha dicho?

—Sí, pero él no entendería eso. Añada en la nota que es su amigo Ricky quien hace la llamada y quien le espera.

—¿Ricky? ¿Nada más? —insistió la voz de mujer.

—No. Nada más. Será suficiente para él. Gracias.

Colgué. Todo estaba preparado para el gran final. Si es que éste se producía. Si no... habría un final, de todos modos.

El mío.

Golpearon suavemente con los nudillos.

Me retrepé en mi asiento, frente a la puerta del sórdido apartamento que ocupaba en el

B-16,

de Bay Street, 118. La luz colgaba sobre mi cabeza, protegida por una pantalla cónica de celuloide verde, como en la mesa de una partida de póquer. Acentuaba las sombras y lanzaba una claridad cruda y vertical sobre el rostro.

—Adelante —invité, apoyando mis manos sobre la desnuda mesa.

Se abrió la puerta. No la había dejado asegurada. En ella apareció alguien. Una figura de mujer, con sombrerito de ala bajada

y velo sobre el rostro. Llevaba un abrigo oscuro e iba enguantada. Un bolso de raso aparecía entre sus manos.

—¿Señor Brown? —preguntó, con voz sorda.

—Sí —afirmé—. Jerry Brown. ¿Quién es usted?

—Me envía Sylvester Canary —dijo con tono grave.

—Yo le cité a él, no a una mujer.

—No puede venir. Por eso lo hago yo en su nombre.

—¿Quién es usted? —inquirí.

Ella había entrado, dejando la puerta abierta. La luz, al caer vertical sobre ella, dejaba su rostro en la sombra.

—¿No se lo imagina? —preguntó.

—No —negué.

—Soy su esposa. La señora Canary.

—La señora Canary ha muerto —repliqué.

—No es cierto. Soy yo. Barbra Canary.

—Tiene que demostrármelo.

—Se lo demostraré —dijo.

Y se quitó el sombrero repentinamente, cuando la luz caía sobre su cabeza.

Junto con el sombrero, salió la peluca morena que llevaba.

Su cabello rubio destacó bajo la claridad de la lámpara. También su bello rostro. Me quedé contemplando, una vez más, el rostro de una mujer muerta.

Era el rostro de Maggie Dorian.

En ese momento, un hombre penetró rápido en mi apartamento, detrás de ella. En su mano enguantada llevaba una pistola automática con silenciador. Me miró largamente.

—Este juego ha terminado, Ricky —dijo duramente—. Hemos venido a matarte.

—Lo esperaba —dije con un suspiro—. Lo esperaba, TENIENTE MURDOCK.

## CAPÍTULO X

Maggie Dorian ante mí. Mirándome desafiante, fría y cruel.

El teniente Glenn Murdock, de Homicidios, a su lado. Encañonándome fríamente con su arma silenciosa.

Era el acto final. Tal como yo lo había planeado.

Pareció algo desconcertado el oficial de policía. Me miró con gesto de odio.

—¿Qué significa eso? —jadeó—. ¿No te sorprendes, Vicky?

—No demasiado. Maggie tenía un cómplice. Importante. Ahora sé quién era. Alguien difícil de acusar sin pruebas. Tú, teniente Murdock. Mi peor enemigo en el departamento. Debió divertirse mucho aquel juego, en complicidad con Maggie..., para dejarme a mi arruinado.

—Fue divertido, sí —rió Murdock cruelmente—. ¿Qué esperabas, citando a Sylvester esta noche? ¿Revelarle la verdad sobre su esposa?

—Sí —asentí, pensativo—. Decirle que era él quien tenía razón, y no yo. No había una Maggie-Barbra. Había DOS mujeres diferentes. Pero iguales, o casi iguales, en su físico. Las hermanas Dorian. Barbra y Maggie Dorian, ¿no es cierto?

—Muy listo —aprobó la actual Maggie—. ¿Cómo lo supo?

—Como un policía sabe esas cosas. Pensando, reflexionando, atando cabos... y fijándose en detalles.

—¿Detalles? —preguntó Murdock—. ¿Qué detalles?

—Dos lunares, por ejemplo... Los citó muy minuciosamente Canary en nuestra primera entrevista. Uno en forma de corazón, en la nalga izquierda. Otro, redondo, más pequeño, bajo el seno derecho de su esposa... Vi morir a Maggie Dorian en Sausalito, asesinada por culpa de tu disparo, teniente Murdock. Ella estaba con las ropas desgarradas y sueltas al morir. No había ningún lunar en su cuerpo. Absolutamente ninguno.

—De modo que era Maggie la que murió.

—Eso es. Y Barbra la que vive —miré fijamente a mi visitante—. Barbra Canary, ¿no es ése su nombre actual? De soltera, Barbra Dorian. Una hermana de quien Maggie no quería ni oír hablar. Pero que ella sabía que estaba utilizando a veces su nombre para actos inconfesables...

—¿Qué es lo que sabe exactamente, La Salle? —se interesó ella vivamente.

—Prácticamente todo. No fue Maggie quien robó en la factoría Shark, sino USTED. Vigilaba atentamente a su hermana, y se aprovechó de su gran parecido con ella. Barbra fue la ladrona, no Maggie. En eso, todo el mundo se equivocó. Pero Maggie, por aquello de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, optó por volver el juego a su favor, y se apropió luego de todo, en complicidad con el teniente Murdock, a quien separó hábilmente de usted, Barbra, que era su amante y compinche en ese robo. Murdock, habilidoso, aceptó el juego, sólo para burlar a su vez en México, a Maggie Dorian, y dejarla sin un dólar. El sabía que ella no estaba en situación de acusarle de nada, y que Barbra, una vez oculta, difícilmente podría ser hallada para demostrar su declaración. Pero Maggie estaba dispuesta a luchar. Volvió, y se enfrentó a su hermana y a usted. Porque ustedes dos, teniente, son perros de la misma calaña, se necesitan mutuamente...

—Habla lo que quieras, Ricky —masculló el oficial abruptamente—. Es lo último que vas a decir, no lo dudes.

—De modo que has vuelto con Barbra, la peor de las dos hermanas. ¿Y para qué? Porque el muy tonto de Sylvester, cuyos celos llegaron a hacerse tan molestos para ti y para ella, hizo un seguro de vida a nombre de su esposa, por valor de trescientos mil dólares. Seguro que ella cobraría, si a su amado esposo le sucedía algo, un accidente por ejemplo. Me temo que ese «accidente» ya ocurrió, antes de que yo averiguara la verdad completa.

—Supones bien —rió Murdock—. Barbra ha logrado dar muerte, con mi ayuda, a su amante esposo. Oficialmente, hallaremos mañana a Sylvester Canary, que se suicidó en su apartamento, víctima de una depresión por la ausencia de su esposa. Ésta llegará y cobrará la póliza, que cubre el riesgo del suicidio perfectamente. Todo claro, ¿no? El cadáver del pobre Canary olerá un poco mal

cuando demos con él, pero se puede soportar un mal rato, a cambio de tan jugoso pellizco.

—Le felicito, La Salle —dijo ella fríamente, clavando en mi sus ojos—. Ha llegado al fondo de todo esto. ¿Cómo sospechó que Maggie tenía una hermana gemela?

—Ya se lo dije: los lunares. Una mujer cambia ciertas cosas de su aspecto, pero no se le ocurriría pintarse lunares para tener otra identidad. Y menos, en ciertas partes del cuerpo. Pobre Canary. En realidad, hubiera hecho bien acabando con usted...

—Yo no iba a dejarme matar por un imbécil celoso. En seguida le vi venir, y cambié sus cartuchos. Aun así, me hirió. Pero ligeramente. Planeé todo para amedrentarle y poder justificar, luego, ese suicidio que me haría rica...

—¿También sospechaste de mí? —indagó Murdock—. ¿Por qué, La Salle?

—Porque Kathryn no tenía motivo alguno para morir, a menos que quisieras impedir que ella mencionase tu presencia en su casa, presencia hartamente inexplicable por cierto, cuando fuiste a interrogarle y te fijaste en aquella fotografía. Sólo era posible que la propia Barbra te enviase, temiendo que ella hubiera guardado copia de la fotografía que se hizo cuando precisó un pasaporte falso... Por otro lado, aunque Maggie no quiso revelarme su mentira, ella no envió esa postal desde Sausalito, sino Barbra, para que yo hallara allí a Maggie... Tú me seguirías, Murdock..., y matarías a tu antigua cómplice, silenciando su boca definitivamente, para unirte a tu compinche en este nuevo fraude.

—Veo que todo lo sabes, y todo lo aclaraste —rió Murdock—. ¿De qué te sirvió?

—Para demostrar que eres culpable de asesinato, teniente, y que puedes ir a la cámara de gas por las muertes de Kathryn Woods, del contable de Shark y de la propia Maggie Dorian.

—Está demostrado —se mofó él—. Pero nunca iré a esa cámara, y lo sabes. Tu plan salió mal. Vas a morir La Salle. Buen viaje al infierno...

Y apuntó a mi cabeza, serena y fríamente.

—No apriete ese gatillo, teniente. Sería inútil. Hemos, oído toda su confesión y la de su cómplice, Barbra Canary.

Se corrieron unas cortinas a mi espalda. El capitán McKenna y

tres agentes de policía uniformados aparecieron ante los horrorizados ojos de Murdock y de ella. Se quedaron sin saber qué hacer.

Luego Murdock, bruscamente, llevó el arma a su boca. La disparó entre los labios.

Se desplomó ante nosotros, tras el sordo taponazo del disparo.

—No quiso ir a la cámara de gas —sentencié tristemente poniéndome en pie—. Lástima. Hubiera sido mejor...

—De todos modos, se hizo justicia. —McKenna, me miró, avergonzado—. ¡Dios mío, Ricky!, ¿cómo podremos compensarle de tanta injusticia, muchacho? Espero que sea bienvenido de nuevo al Cuerpo..., *teniente* La Salle.

Le miré. Sacudí la cabeza negativamente, con aire de cansancio.

—No, gracias —dije, mientras esposaban a la hermana de Maggie Dorian—. No pienso volver. Me gusta esto. Ser detective privado... tiene su encanto, capitán. Gracias, de todos modos. Me conformaré con que rehabiliten públicamente mi nombre. Es todo lo que pido.

—Se hará, Ricky, se hará. Eso y mucho más...

Ya no me interesaba oírles. Había llegado el verdadero final, y me sentía cansado.

Eché a andar hacia la salida. Mi estratagema resultó. De no haber sido así, ahora McKenna me estaría esposando a mí, para llevarme hacia un destino catastrófico.

Pero tenía que arriesgarme. Era el único medio. Y me arriesgué.

Cuando dejé atrás la sórdida casa donde dispuse la emboscada a dos asesinos sin piedad, me sentía realmente cansado. Harto de muchas cosas.

Y busqué diversión en alguna parte.

En esta ocasión, me divertí.

Mi primera diversión de la noche fue devolverle la paliza a Al Atwater y; sus gorilas del Tiburón Azul, La segunda, tomar unas copas y ver actuar a Vonetta.

La tercera, bailar con Vonetta.

Y ahí no terminó todo.

Hubo más diversión. Pero ésa fue en casa de Vonetta, y no está bien que un hombre cuente lo que hace con una chica, aunque

cualquiera pueda imaginarlo.

Me gusta Vonetta. Es una muchacha encantadora. Y cariñosa.

Sí. Me gusta. Me gusta su piel oscura, su especial sensualidad.

Quizá es que he terminado hartos de rubias con este maldito caso. Pero sé que ése es un empacho pasajero.

Y cualquier día vuelven a gustarme también las rubias. De momento, sin embargo, sigo con Vonetta...

FIN



# ¡LORENA!

¡LA OBRA MÁS IMPORTANTE DE CORÍN TELLADO!

¡UNA MUCHACHA PARA LA QUE NO PUEDE EXISTIR LA PAZ! UN TERRIBLE PASADO LA EMPUJA HACIA EL FANGO. ¿RESISTIRÁ LA POBRE LORENA TODAS LAS ASECHANZAS?

SIGA SUS DESVENTURAS; SUS AMORÍOS; SUS PROBLEMAS, EN LA SERIE SEMANAL QUE PUBLICA, CON FOTOGRAFÍAS, EDITORIAL BRUGUERA



ESCUCHE LA VERSIÓN RADIOFÓNICA DEL SERIAL "LORENA," POR TODAS LAS EMISORIAS DE LA REM-CAR Y CES

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.**



## NOTAS

[1] Como el lector observará, por citas, ambiente y época de los hechos, así como por la moda del personaje femenino, la acción del relato se centra en los años cuarenta a cincuenta, en la época orada del cine negro y la novela negra americana. < <

[2] Shark, en inglés, significa tiburón. < <